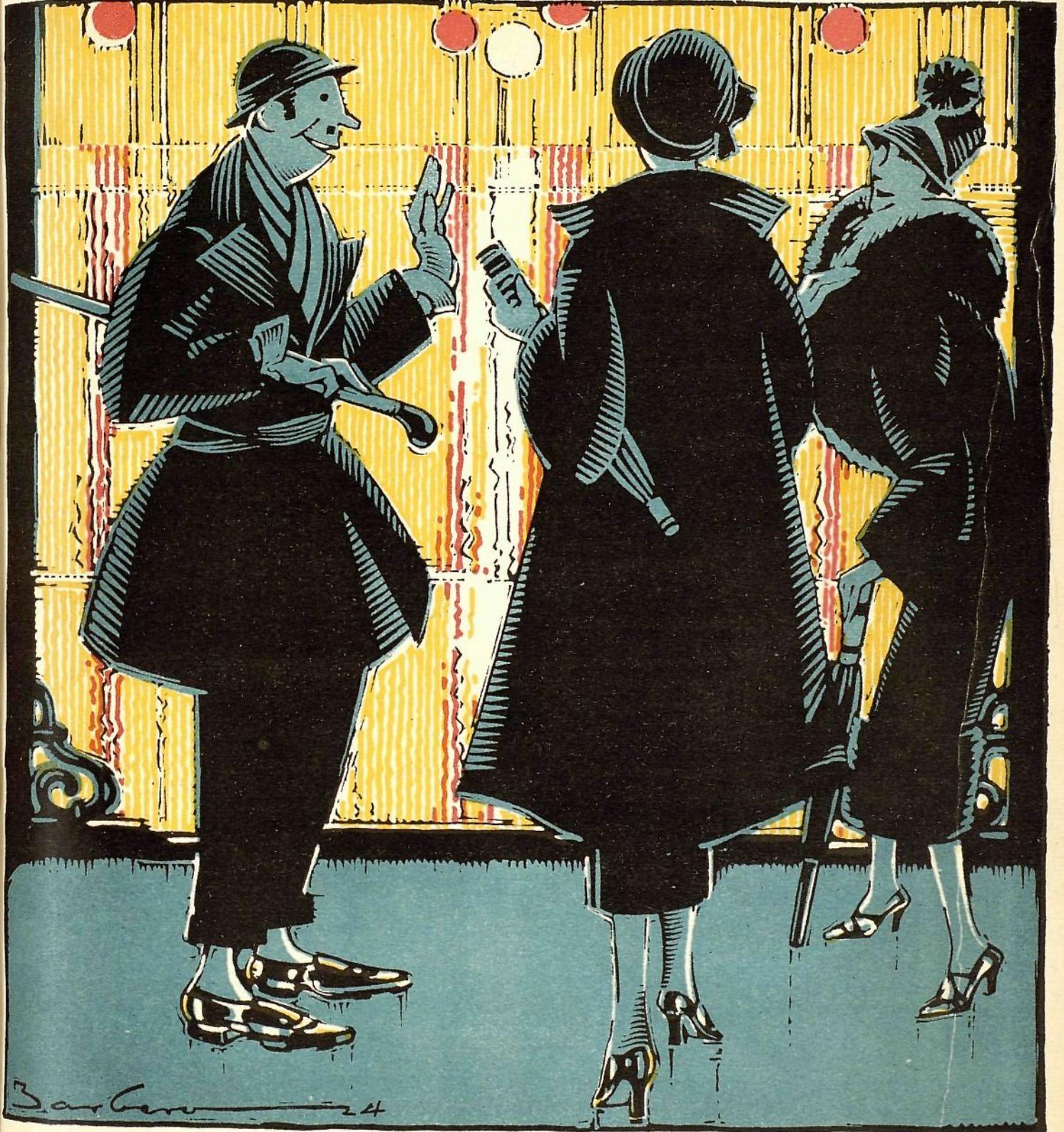


# BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



*Dib. BARBERO.—Madrid.*

—¿No tienes paraguas, Polito?

—Sí, tengo uno nuevecito; pero como llovía tanto no me he atrevido a estrenarle.

Ayuntamiento de Madrid

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

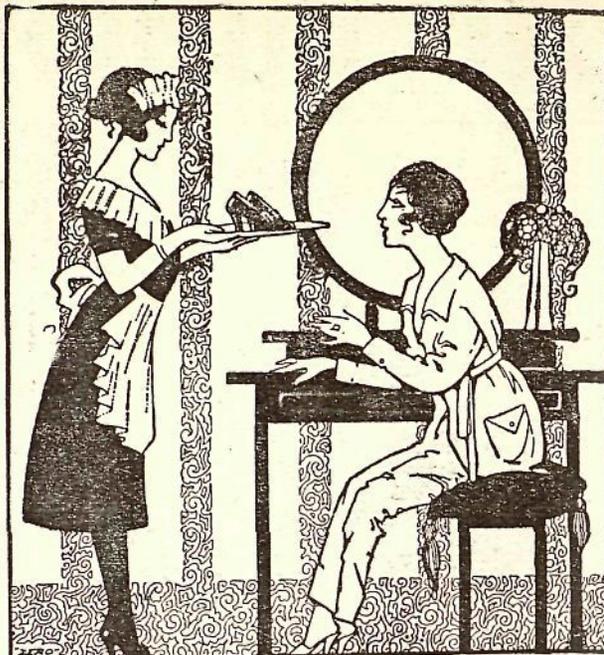
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelicall Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros graciosos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demas sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

### ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin feñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al núm. 156

de

### BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

19.—Los que fastidian en las subsistencias.

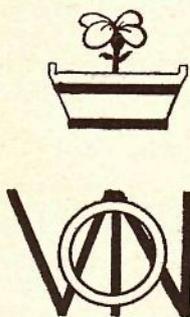
60 por ciento — :

DE ABAJO

ES LA PO

20.—Geroglífico.

¡Que desgracia!



## SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

21.—Triste.

—Es muy *tercia-cuarta* este Jacobo para jugar al tute.

—Yo, por lo menos, no le *segunda-cuarta* más.

—Y no es jugador cumbre, ni siquiera *dos-prima*.

—Está muy *todo* para alternar con nosotros.

22.—Piso.

DE ASTURIAS — E

NOTA

23.—A mí me huele muy bien.

T

¡ADIÓS, HIJO DE LA GRAN BRETAÑA!

## Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

24.—Sobre todo el edificio.

RÍO AMARILLA

25.—¡Como ostras!

¡ADIÓS!

DON 500 MANZANARES

Preparamos un estupendo número almanaque de BUEN HUMOR  
52 páginas, una peseta

# LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

# LEYER Y COMPAÑÍA

# SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

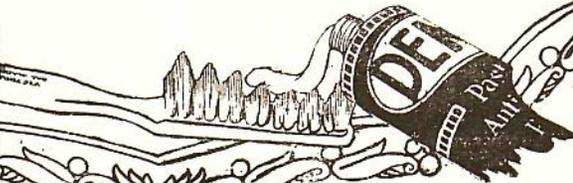
# PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

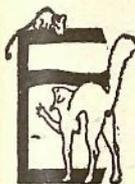
PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFIE USTED

*de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.*



## DIVERTIDOS ASPECTOS DEL PASEO DE LA CASTELLANA



**E**XISTEN en Madrid, a no dudarlo, lugares que, ya por su apariencia, ya por lo que en ellos sucede, poseen un aspecto altamente divertido, figurando entre los sitios que disfrutan de tan privilegiado don, en primer término y por derecho propio, sin ningún género de vacilaciones, el elegante Paseo de la Castellana. Acaecen en el centro de reunión aludido cosas tan regocijadas que, en verdad, no creemos incurrir en exageración al considerarle como el lugar más cómico con que cuenta la corte.

Todo el mundo sabe que la gente elegante acostumbra acudir a diario, de doce a dos de la tarde, al mencionado paseo, aumentando la concurrencia de un modo extraordinario los domingos y días festivos. Este lugar es, a las citadas horas, el punto donde se reúne el mundo llamado *chic*. Por la parte central, sobre el asfalto, suelen caminar automóviles y coches, y en los andenes laterales los pollos «bien» y las niñas «idem» pasean.

En determinada época del año los elegantes se colocan en la acera situada a la derecha del paseo, o sea por frente al edificio del periódico *A B C*. Pero he aquí que, de pronto, algunos concurrentes, considerándose superiores a los demás paseantes, hallan poco distinguida la mescolanza de gentes que allí se observa, y, para señalar claramente diferencias de categoría, deciden transitar por la acera de la izquierda, dejando entre medias, a modo de barrera separatoria, la fila de carruajes que circula por el asfaltado.

Desde el nuevo sitio de pasear los tales individuos lanzan desdeñosas miradas a los que continúan por el otro extremo del paseo, y sus ojos, al clavarse, misericordiosos, sobre los que allí marchan, parecen decir:

—Por ese lado del paseo

no van más que los cursis. La «purriella», la hez de la sociedad. La verdadera gente «bien», apartándose de ese nefasto lugar, se reúne en este otro andén. ¡Esa acera es la de los pelafustanes!

Los que circulan por el extremo derecho, que, naturalmente, se estiman tan elegantes y distinguidos como el que más, no deseando, claro es, ser menos que los otros, se apresuran a trasladarse a la acera de la izquierda, para dejar terminantemente sentado que, en contra de lo que pudo suponerse, también ellos pertenecen a alcurniada clase social.

Por unos días, la acera de la derecha aparece desierta, hasta que los elegantes entre los elegantes, para diferen-

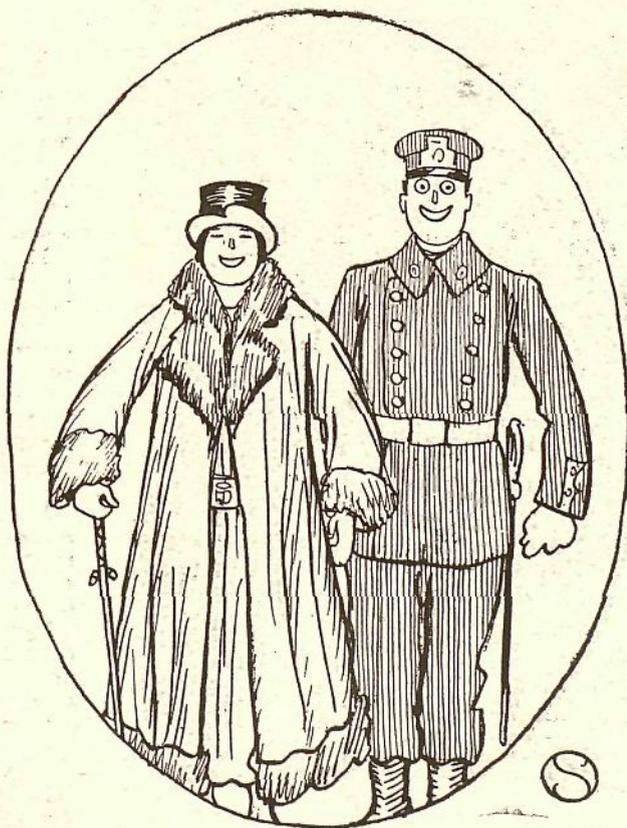
ciarse de los demás, pasan a ella de nuevo. Entonces, como es lógico, el resto de los paseantes, procediendo unánimemente como en anteriores ocasiones, acordará circular también por allí, dejando abandonado, vacío, el andén izquierdo.

Tan regocijado juego viene repitiéndose años y años, pues ya el insigne y venerable escritor D. Armando Palacio Valdés registró el cómico fenómeno a fines del siglo pasado.

Otro hecho, revelador de aun una más fuerte comicidad, es el siguiente:

Existe en la Castellana, en el andén de la derecha, según nos encaminamos al Hipódromo, una parte de terreno, señalado con una ringlera de bojes, cuyo espacio se destina a paso exclusivo de caballos. Pues bien: Aunque ello parezca absurdo, increíble e inverosímil, es por esta parte acotada, es decir, por el lugar reservado al uso de irracionales, por donde con preferencia pasea la gente elegante. Allí donde, inquieta, hundiéndose sus pezuñas una jaca jerezana, ponen sus lindos y diminutos pies las niñas «bien», y allí donde existe una gran abundancia de señales de herradura pisan los pollos *dernier cri*. ¿A qué se debe esta predilección de circular las personas por un sitio reservado a las bestias? Nosotros, en verdad, lo ignoramos. Un amigo nuestro, gracioso él y bruto él, dice que se debe la tal atracción «a la fuerza de la sangre».

Nos apresuramos a rechazar tan ofensiva definición, y en tanto llega el día en que algún ilustre sabio nos explique por qué motivo la gente «bien» camina por un lugar destinado al paso de animales, nos limitamos a dejar consignado hecho tan pintoresco en las páginas de una Revista satírica, para evidenciar que, como indicamos en un principio, el Paseo de la Castellana posee aspectos indudablemente divertidos para los espíritus un poco observadores.—Luis ESTEBAN



Dib. SILENO.—Madrid.

## UN ARTÍCULO ALEGRE

—Hoy voy a hacer un artículo alegre—me he dicho. Los periódicos alegres los prefieren siempre.

Y me he preparado a hacer mi artículo alegre.

Es un día de noviembre; el primer día de noviembre que ha empezado a llover. Tres días antes han llorado las familias por la misma razón de cuando ríen en carnaval: porque lo dice el almanaque.

He cogido mi pluma y unas cuartillas; me he puesto junto a la ventana para que me bañe más la luz.

El día es gris y la lluvia hace el Morse en los cristales. Mi ventana da a un patio profundo y oscuro como un pozo. Llega una luz de arriba, pero esa luz nos la van quitando los vecinos de

arriba, respondiendo así a las muchas veces que los vecinos de abajo no les dejamos subir el agua.

Todos los ruidos de la calle llegan mojados de la lluvia de afuera y son más líquidos.

Hay veces en que todo se calla y me encuentro entre sombras y silencio. ¡Cuántos esfuerzos para no coger el sombrero y salir a la calle!

Pero tengo que hacer un artículo alegre.

Una vez, yo escribí una cosa que se llamaba «La novia muerta.» ¿Por qué me acuerdo ahora de aquello? ¿Por qué me acuerdo también de que pensé otra vez hacer una poesía titulada de antemano «Suspiros hondos?»

Ya apenas se ve. Siguen siendo las

cuatro de la tarde y una nube lo ha venido a tapar todo haciendo sombra sobre mis cuartillas.

En el piso de abajo hay un niño muy enfermo. Acaban de decírmelo. ¡Quién se lo iba a decir a ese pobre niño que el domingo estaba tan contento por no tener colegio! Al principio, sólo era un poco de fiebre, casi una fiebre de indigestión, pero ya es peor. Casi cuarenta grados y el médico da pocas esperanzas. ¡Pobre madre! ¡Cómo estará de triste, de anegada en llanto junto a la camita de su hijo que quizá se muera esta misma noche...

Este día no se oye cantar a nadie por el patio.

Se han oído pasos en la escalera. Me he asomado a mirar. Son las de arriba. El padre murió hace poco y tienen un hermano en la guerra. ¡Pobres muchachas! Van siempre de negro y no tienen más que un novio, y son tres. También la mayor tuvo novio, pero murió en un naufragio, pocos días antes de la boda.

El carpintero de abajo ha empezado a aserrar madera. ¡Ras, ras! Ese ruido se prolonga, sigue y me gotea sobre la cabeza ese ras, ras.

La luz se acaba, se acaba. Todos los muebles se han ido difundiendo y en los rincones reina ya la obscuridad de debajo de las butacas.

Suena una campana, tristemente, de lejos.

Ha pasado un coche.

El niño de abajo está peor.

Yo me pongo a escribir mi artículo alegre. Tiene que estar acabado esta misma tarde, porque vendrán a buscarlo.

No veo las palabras que escribo, sólo diviso algo así como patas de mosca.

Me he puesto a llorar. Yo no sé por qué. Me he puesto a llorar y a decir versos.

Después me he acordado de que en Gerona entra hoy en capilla un condenado a muerte.

Voy a rezar por él.

Cada suspiro mío, echa a volar una cuartilla.

Tengo que escribir mi artículo alegre.

Me acuerdo de que, antes, siempre que escribía un buen artículo, tía Pilar me daba un duro. ¡Pobre tía Pilar! Ya no podrá darme dinero, porque murió hace ocho meses.

También voy a rezar por ella. Y por ese niño que está en la agonía... Y por todos los que están en la agonía en este instante...

Después, lloraré un poco.

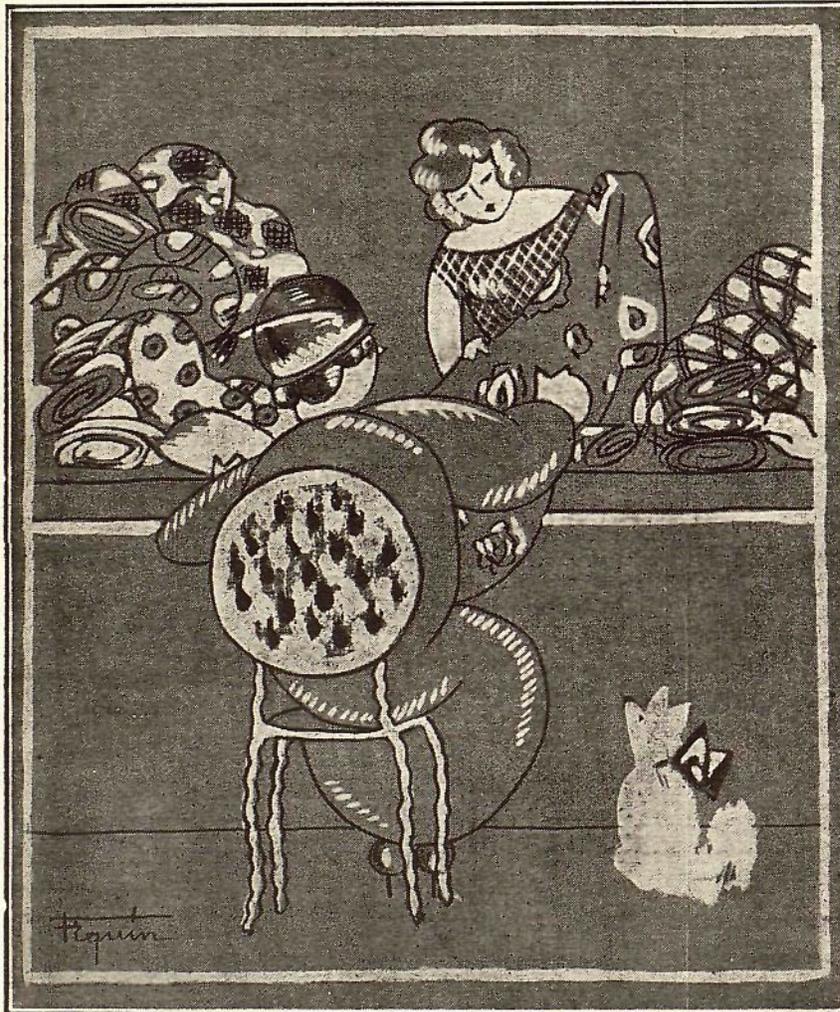
Ha vuelto a pasar un coche.

Ha vuelto a sonar una campana.

Luego, haré un verso...

Besé tus labios por la vez postrera,  
pálida y blanca, entre las flores blancas...

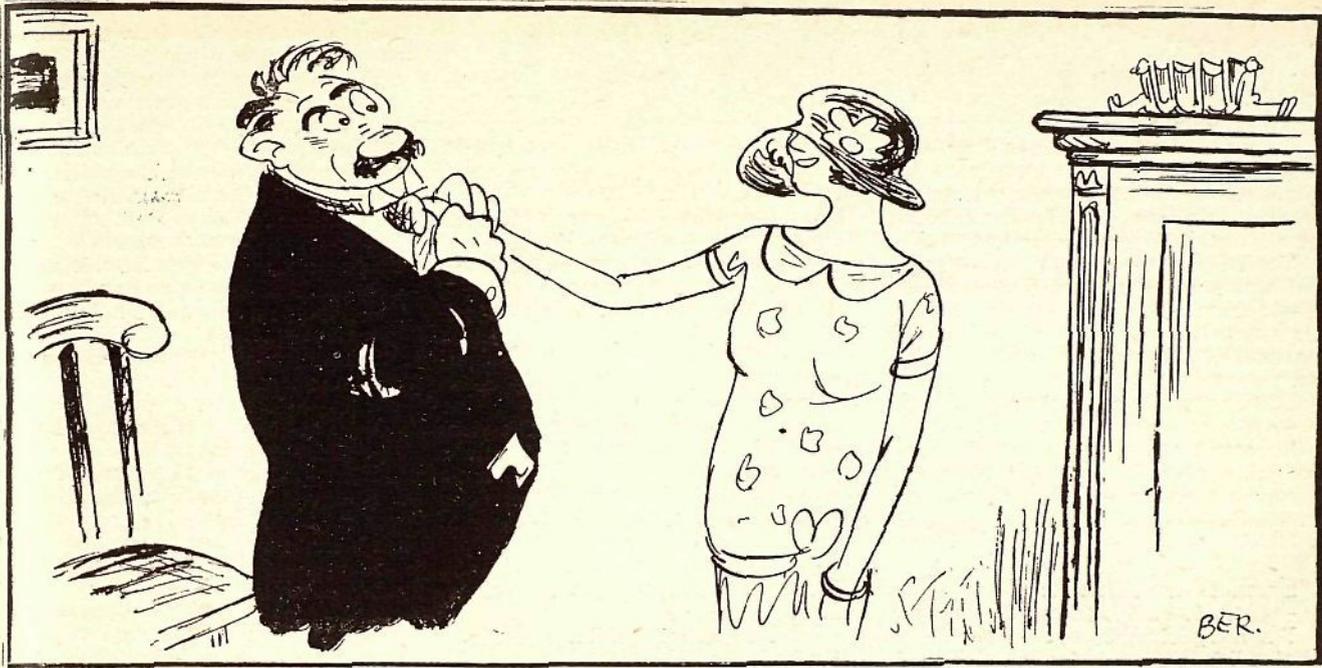
JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. Fiquín.—Madrid.

—¿Cuántos metros desea la señora?

—Nada más que una cuarta: es para hacerle un lacito a mi pobre Lulú....



Dib. BERGSTROM.—París.

—¡Señorita: perdone usted que no le exprese todo lo que siente mi corazón en este solemne momento!... ¡Tengo aquí un nudol!

## CAPRICHOS HUMORÍSTICOS

### El mayor sibarita

No es el mayor sibarita el que toma pasteles de crema o bombones con licor dentro; el sibaritismo y la glotonería mayor consiste en tomar huevos de los que ponen las gallinas de las casas de fieras.

Las gallinas de los parques zoológicos son unas magníficas gallinas, generalmente mofudas y generalmente de Nueva Zelanda.

Esas gallinas de Nueva Zelanda, o neerlandesas, o del Peloponeso son enormes y fecundas. Tienen patas que parecen pezuñas de caballo normando, y las asientan en el suelo con aire teutón.

Sus huevos son enormes, y en su yema se reúne el arco iris del anaranjado de los huevos radioactivos. ¡Ahí es nadal!

El que toma huevos del Parque Zoológico nunca llega a tuberculoso. Las «gripes» pasarán por él sin «atingirle». (¡Que sufra la Academia, y que se chinche!)

¡Qué gran vivo el comilón de huevos del parque zoológico! ¡Qué salud más fiera la suya, conseguida gracias a esos huevos selváticos, que están llenos de rugidos de león y de incongruentes graznidos, que no se sabe de dónde salen!

Sólo el Doctor Inverosímil es capaz de acordarse que existen los huevos de casa de fieras y recomendárselos a los más desahuciados de sus enfermos, porque el Doctor Inverosímil tendría en cuenta que no son muchas docenas las que se cosechan al día en los parques zoológicos, y los enfermos son demasiados.

### El paniaguado

Un ejemplo de paniaguez sería que al arrendatario del Real, que se ve todos los años precisado a una mejora buena del teatro, un año las butacas, otro año la marquesina, orro año el peristilo, asumiese el teatro con sólo la condición de que las bailarinas fuesen bellas y bien formadas, y las coristas no fuesen chatas y cantasen, por lo menos, en coro.

### La especie desconocida

Entre las mariposas que matamos bajo la lámpara figura la mariposa de especie desconocida. Yo lo sé porque me costó cara la experiencia.

Una noche iba a matar a una mariposa que parecía un langostino con alas, cuando una sombra, el espectro de un entomólogo, me cogió el brazo y exclamó, sin poderse contener:

—¡No! ¡A ésa no! ¡Que es la única en su especie!

### Marcha atrás

Aquel cochero se había metido en un callejón sin salida. ¡Pero qué callejón! Un callejón de un kilómetro, por lo menos, y eso sin exagerar ni una palabra.

El cochero no podía dar la vuelta. No había plazoleta próxima posible. Para salir de aquel callejón sin salida tenía que retroceder hasta la desembocadura. Así lo hizo; pero, cuando llegó al final, vió con asombro que sus hermosos caballos alazanes se habían convertido en cangrejos.

### Greguerías

En las freidurías al aire libre, el que pasa es como esos mendrugos de pan que son echados al aceite para quitarle el mal gusto.

Si el ratón no pasase arrastrando su largo rabo, no le veríamos. Lo que pierde al ratón es su rabo.

Con los ovillos de bramante da gana de jugar al *punchin-ball* (?).

—Baja a la bodega y súbete unos cuantos peces—dice Plutón a su ayudante o sumiller.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

# EL "COCO"

Yo no creo que os disguste enteraros de cómo conocí al «coco». Para ello tengo que remontarme a una época ya algo lejana de mi existencia y afrontar la nostalgia invencible de esa mirada retrospectiva. Mas, ¿qué importa?...

Veréis.

Placenteramente mordía una de mis uñas: *érase cierta fausta tarde del mes de enero*. Libre de ocupaciones dejaba pasar las horas entregado a tan suave tarea.

De pronto, dijo mi madre:

—Hijo, no hagas eso.

Levanté hasta ella mi mirada sorprendida y, con desdén principesco, determiné no prestar atención a su mandato.

Había roído ya todos los bordecicos de la uña.

Entonces, me pregunté:

—¿A qué sabrá la falange?

Y sumergí el índice en las tenebrosas profundidades de mis fauces. ¡Oh, qué deliciosamente exquisita estaba la falange! Y la falangina, ¿cómo estaría la falangina?

Pude observar que era bocado de dioses la dichosa falangina.

Deduje si ella es más sabrosa que la falange; ¿por qué no ha de ser la falangeta superior a la falangina?

Los estudios experimentales que,

acto seguido, llevé a cabo, comprobaron mis presentimientos: la falangeta era deliciosa.

Viéndome mi madre abstraído en el obtuso placer decidí jugar todas sus cartas de una sola intenciona. Y hablé así: voy a llamar al «coco». Pausadamente la observé de nuevo.

Si hubiese hablado en aquella primerísima etapa de mi infancia, habría interrogado con un displicente escepticismo: ¿El «coco»? ¿Y quién es el «coco», si se puede saber?

Todo este proceso intelectual evocador de procedimientos escolásticos injertados en mí por ley de herencia acaso, debió transparentarse con meridiana claridad en la fisonomía, porque mi madre adujo:

—¡Mira, que llamo al «coco»!

Me encogí de hombros con indiferencia.

—¡Mira que lo llamo!!...

En la imposibilidad de hacerme entender de palabra resolví recurrir al gesto. No hallé ningún otro más elocuente que enviar el anular como encuarte y aditamento del índice.

—¡Ah, qué hijo éste—clamó mi madre viéndome con dos dedos en la boca—.

¡¡Que llamo al «coco»!!...

Ante su monótona amenaza tantas veces repetida, opté por triplicar mi

réplica. Introduce el dedo corazón con sus hermanos y circulé las órdenes oportunas para que el pulgar y el meñique estuviesen preparados a acudir al menor aviso.

Mientras les llegaba el instante de prestar su colaboración patriótica y fraternal, mi madre mostrábase poseída de vivísima intranquilidad.

Recorría a grandes pasos la alcoba. En tanto que no apuntaba, a manera de muletilla salvadora, repetía:

—¡Que llamo al «coco»! ¡¡¡Que llamo al «coco»!!!...

Parecía retardar el avisarlo, deliberadamente, como si tuviese miedo de que no viniera.

Pero al fin se decidí:

—¡Ea, lo llamo!

E inició el mutis pasillo adelante.

En aquel solemne momento, el pulgar se incorporó al resto heroico de los ejércitos.

Permanecí intrigado y pensativo los segundos que siguieron a su marcha. ¿Quién sería el «coco»? Mas yo ignoraba quién fuese el «coco» y eso me bastaba para desear verlo.

No sé qué pasaría en el corredor, ya que me era imposible levantarme de mi sillita.

Sólo sé que, a poco, flotante y encuadrada entre las jambas de la puerta, apareció una gran sábana. Mi primer impulso fué el de buscar la salvación en la fuga, pero recordé enseguida que no sabía andar y, renunciando generosamente a la mano de doña Leonor, me mantuve en inmovilidad sublime a la expectativa de los acontecimientos.

Y lucubré esta decisión en el crítico instante en que vi alborear, bajo los flecos de la sábana, las botas acordadas de mi nodriza.

Un relámpago de luz iluminó mi mente, aunque infantil, desarrollada.

¡Ah! me dije. El «coco» no es tal «coco»; el «coco» es la nodriza; el «coco» no existe; el «coco» es un ser legendario que inventaron las madres para que les prestemos obediencia.

Me crucé de brazos, encorvado, sobre mi estómago, y reí a mandíbula batiente.

—¡jijiji!... ¡jijijiji!... ¡jujujujujuju!...

El «coco», viéndose en ridículo, preguntó:

—¿Qué hago, señora?

La señora respondió:

—Rehaga la cama del señor.

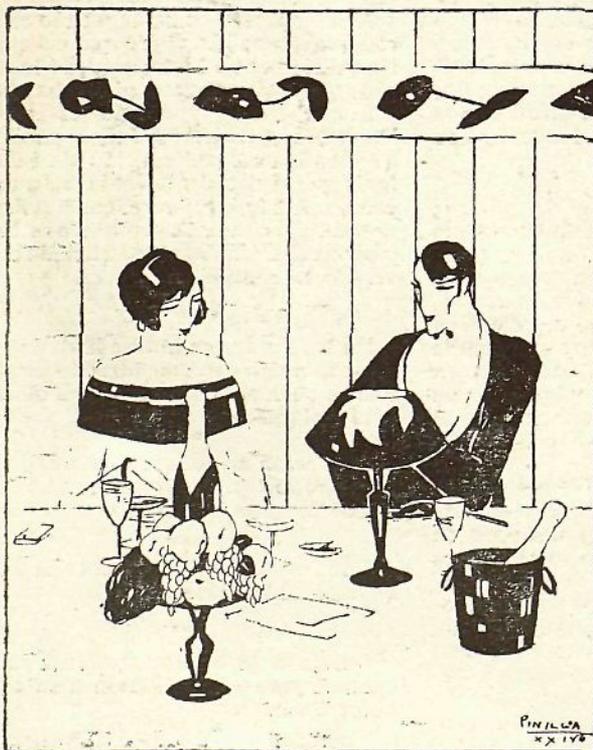
Yo dije a mi mano izquierda:

—Ayúdame.

Y, cuando de vuelta entró mi madre en la habitación, mis diez dedos apiñados confluyeron a la altura de mis labios y sus vértices se perdían en las lobregueces remotas del paladar.

Así fué cómo supe quién era el «coco».

Joaquín CALVO SOTELO

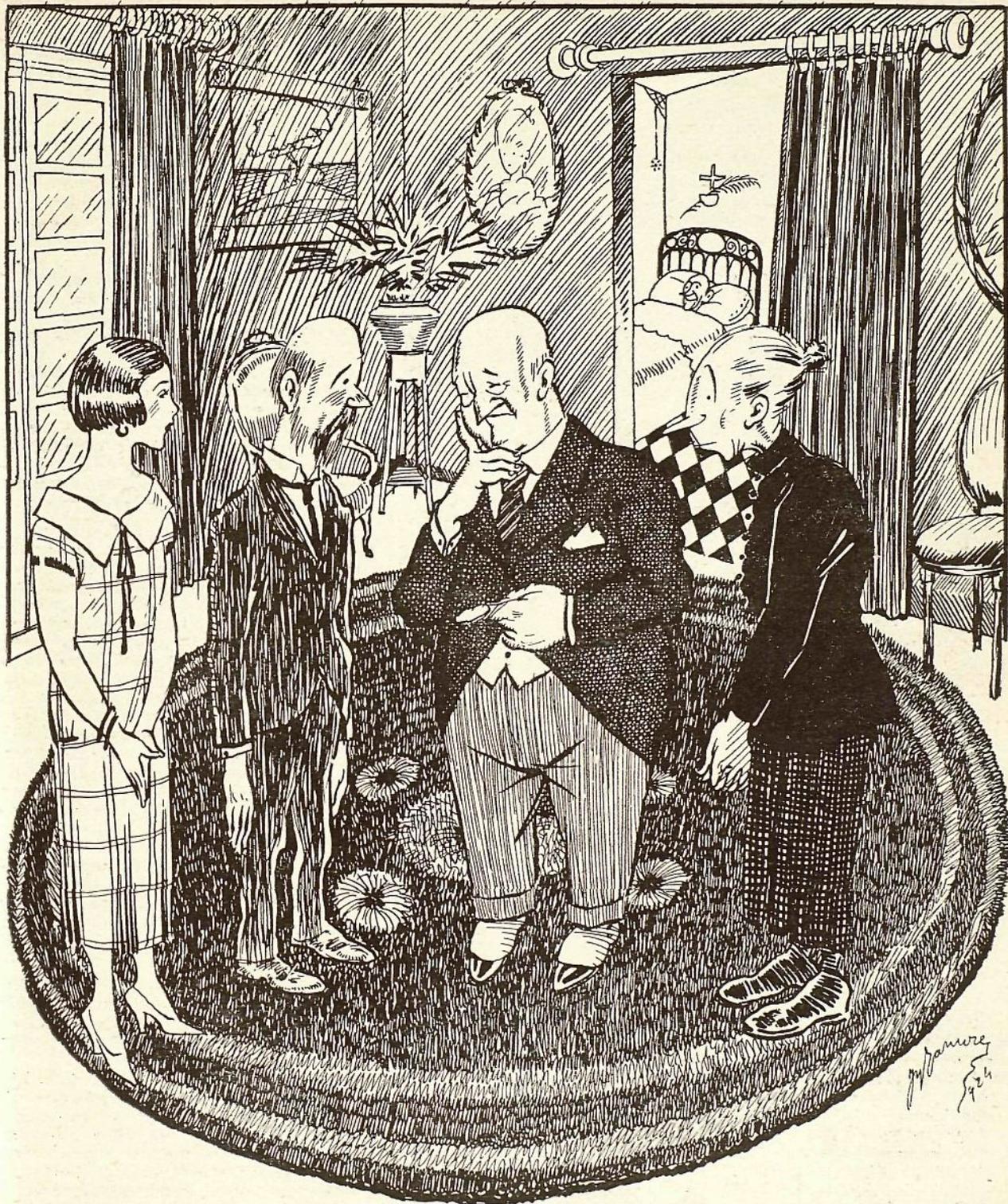


Dib. PINILLA  
Gijón.

—¡Ay, me se ha caído una cucharilla!...

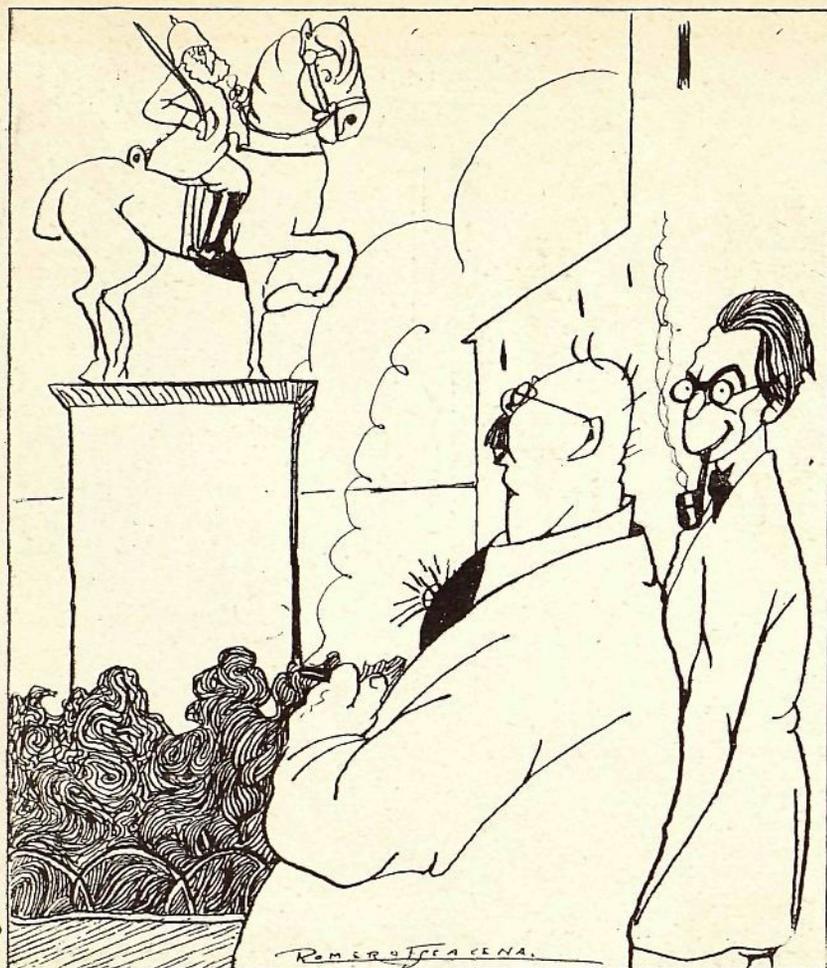
—Niña: no se dice me se, se dice se me.

—Bueno; pues que traigan ya los entresemes!...



Dib. RAMFREZ.—Madrid.

EL DOCTOR.—He notado grandes trastornos en la circulación..., desearía celebrar consulta...  
 EL PARIENTE.—¡Si le parece a usted, para arreglar eso de la circulación, lo mejor sería llamar a un guardia municipal!



Dib. ESCACENA.—Madrid.

EL NUEVO RICO.—¡Magnífica estatua pedestre!

EL ARTISTA.—¿Pero, hombre: no ve usted que está a caballo?

EL NUEVO RICO.—¡Y eso qué tiene que ver para que sea de piedra!

## ALREDEDOR DEL MUNDO

# CURIOSIDADES Y RAREZAS

No todos los habitantes del planeta se saludan estrechándose la mano, cursilería evidente y fútil que sólo está de moda en Europa y parte de América.

Por ejemplo, en Java, los indígenas se hacen un saludo consistente en un azote tan monstruoso que, más que azote, es una plaga mortífera. Y ciertos negros de Filipinas se saludan frotándose concienzudamente y fuertemente las narices, hasta que casi salen chispas.

No queremos ni pensar en lo que ocurriría si en Madrid se pusiese de moda el saludarse así. Solamente el señor Sánchez de Toca dejaría fuera

de combate diariamente a más de cuarenta amigos y correligionarios.

\*\*\*

Y a propósito de narices...

Hay un doctor en determinado pueblo de Dinamarca que tiene un procedimiento estupendo, categórico y original, para averiguar si los enfermos de constipados nasales (dolencia que en Dinamarca tiene tres pares de narices) están buenos o siguen malos a los cuatro días de tratamiento.

El sistema es el siguiente: penetra el paciente en el gabinete del médico y el doctor le ofrece un asiento, cosa algo impropia porque a un hombre que tie-

ne un constipado es criminal complacerse con un asiento, pero así es, y no voy yo a decir una cosa por otra. Y una vez sentado el enfermo, saca el susodicho galeno un pañuelo del bolsillo y por su propia mano le suena.

La mayoría de las veces, al sonarle, dice:

—¡Bueno!

Pero en algunas ocasiones suele decir:

—¡Malo!

Sólo una vez, dijo una cosa que el enfermo no esperaba y fué esta:

—¡Sevillano!

Pero fué una distracción, porque en seguida rectificó diciendo:

—¡De todas maneras, espero que pase!

Y perdonen ustedes que les haya molestado con esta relación, indigna de la seriedad de este periódico, pero pueden decirme lo que quieran, por duro que sea, que yo me aguantaré; aunque juro que nada de lo que yo acabo de decir es falso. Si acaso, será sevillano también, pues me lo ha referido un periodista andaluz, tomando café (él) en la calle de las Sierpes.

\*\*\*

Hay dos empresas de vapores correos que están dejadas de la diestra de Dios padre, porque hacen una propaganda de sus servicios en la que, en lugar de defender sus intereses, los echan por tierra de un modo insensato.

Razón: ninguna de las dos ha tenido en su vida el menor elogio para sus barcos, cosa que resulta una cándida inocentada. Y así vemos que la primera de ellas, que es la Compañía Transatlántica, anuncia servicio *regular* de vapores, sin atreverse a decir que es bueno ni aunque la obliguen con amenazas ni aunque se lo pidan con razones.

Pero lo de la otra es peor todavía. La otra dice categóricamente que es la *Mala Real Inglesa*. ¡Y de esto a decir que son unos estúpidos los que se embarcan en sus veloces navíos, no hay ni medio paso!

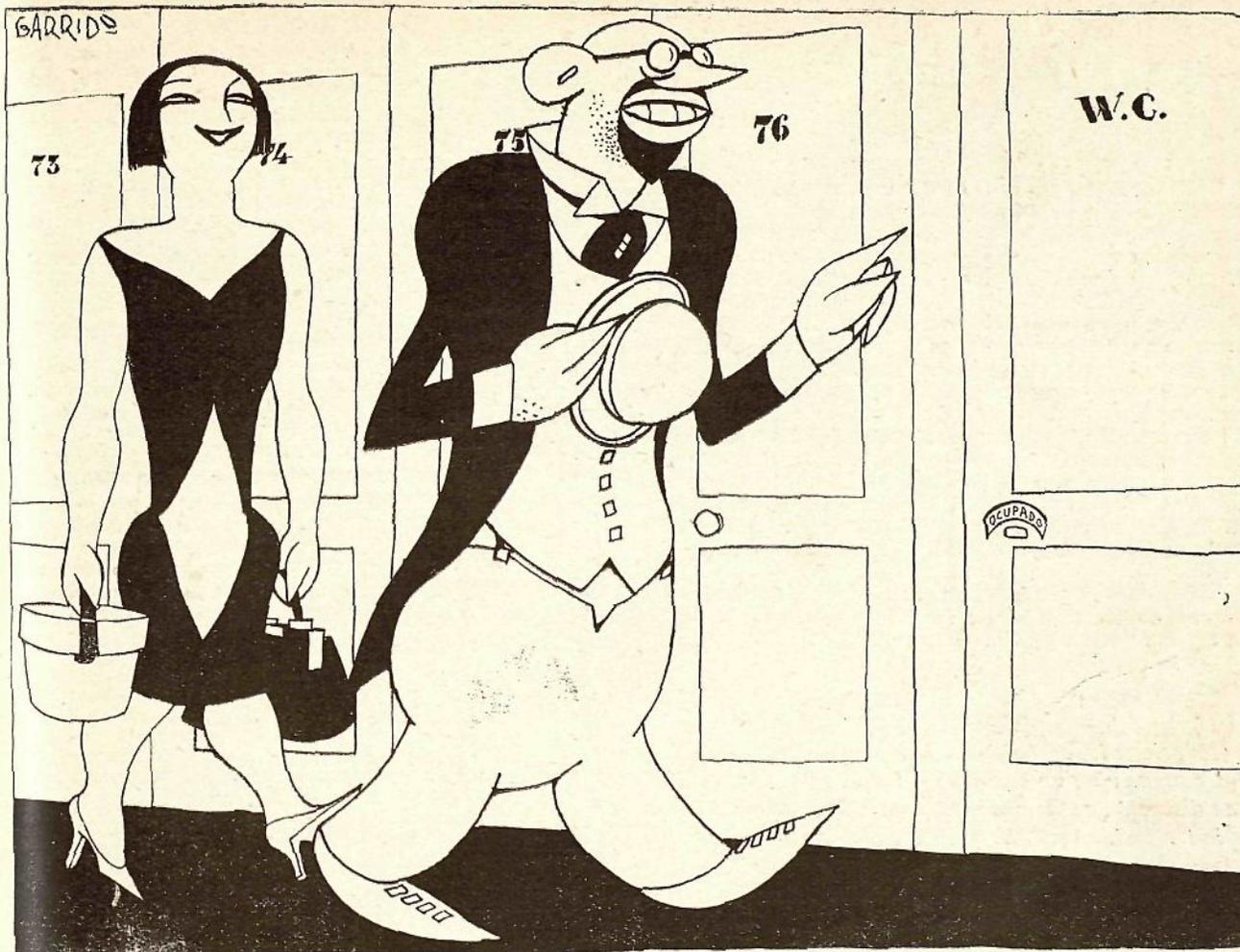
\*\*\*

En un diccionario enciclopédico que publica una casa editorial del Paraguay, hemos visto unas acepciones de ciertas palabras realmente peregrinas y exorbitantes.

Se dice en él que el que participa de un arroz que se está comiendo otro, es coparísipe; que el que añade un capítulo a una novela que escribe otro gachó, es colaborador; que el que nace en el mismo lugar de la tierra que uno que ya ha nacido, es coterráneo, y que si el nacimiento se verifica en China, el que nace primero es chino, pero el otro es cochino.

Nos alegramos de saberlo para no admitir tratos con ninguno que nazca después.

NÉSTOR O. LOPE



EL PROFESOR DE ARITMÉTICA

Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Debía usted advertir al dueño del hotel que esta numeración no está correlativa...

## BALLENERÍAS

POR JUAN PÉREZ ZÚNIGA

De acuerdo con lo que dice sobre el asunto la Prensa, mi amigo, Roque Roquete, me escribe ayer desde Huelva que están preparando barcos para la caza (o la pesca) de esos *bichitos* que todos denominamos ballenas.

Me alegro de que se trate de cazar esa ralea de animales, cuyas barbas (arrancadas a la fuerza, sin el menor miramiento) les ponen las corseteras en los corsés a las niñas y a los papás en las cuentas.

Encuentro bien que esos barcos se apresten a la faena

de atrapar cetáceos y vender su aceite y su esperma. Mas sólo falta un pequeño detalle, y es que esas bestias que, por lo poco que abundan, muy rara vez se presentan, acudan al llamamiento, y que por grupos se ofrezcan al sacrificio, lo mismo que codornices ligeras, que asustadizas alondras y que fecundas conejas.

De todos modos, estimo la tal noticia al colega Roquete; y ya que me envía de Huelva recuerdos de Elsa, su esposa, yo, siempre atento, le encargo se los *de Huelva*. Además, yo le suplico

que, al hablar de las ballenas, no me vuelva a poner *caza* con dos *ces*, sino con *zeda*, pues tal y como él lo escribe, dado el grandor de esas piezas, no es una insignificancia, sino una cosa muy seria.

Ya, en fin, lo sabéis, ¡Oh, damas que usáis corsé! Aun cuando os vengan muy pronto tiempos de luchas, privaciones y miserias, quizá os faltarán patatas; pero mirad hacia Huelva y nada temáis, ¡canastos!, que no os faltarán ballenas en los corsés opresores, que son envidiables prendas por el codiciado punto donde su servicio prestan...

## LA ESCENA Y LA VIDA REAL

## AL TRAVÉS DE LA REALIDAD

## IV

Como en el mundo acaba todo, menos la locura de representar comedias de Pirandello, hoy termina la serie de artículos destinados a hacer ver al lector sencillo la diferencia que existe entre la escena y la vida real. Con una paciencia de novicia de las Calatravas me ha seguido el público en este trabajo. Puedo vanagloriarme de que me ha seguido; de que me ha seguido insultándome y tirándome piedras. Y hasta es posible que, con el artículo de hoy, siga siguiéndome, por aquello de que el que la sigue la mata. Bueno, el que ya no sigue por este camino soy yo, porque me estoy haciendo el lío.

La escena en la que una esposa confesaba a su marido haberse deslizado por el tobogán del adulterio ha sido desarrollada tal y como la habría desarrollado cualquiera de nuestros autores, al través del drama poético, de la alta comedia y del sainete (1) Hoy toca desarrollar las tres escenas con arreglo a una realidad más absoluta que Fernando VII.

Empecemos por la época en que coloqué la escena del drama poético. He aquí lo que verdaderamente habrían dicho, de encontrarse en aquella situación.

## DOÑA SOL Y DON FERNANDO

*(En primer lugar, habfan hablado en prosa, porque a nadie, aunque viva en la Edad Media, se le ocurre sostener una discusión en cuartetas ni en pareados endecasílabos.) (Obsérvese la concisión que tiene el diálogo real.)*

DON FERNANDO *(metiendo en escena a Doña Sol de un empujón terrible)*.—¡Malhaya sea!... *(Aquí, un insulto incoitable)* ¡Sé que me habéis afrentado!... *(Aquí otra barbaridad medieval también incopiabile.)*

DOÑA SOL.—¡Sois un villano!

DON FERNANDO.—¿Encima eso? Y vos... *(Un largo párrafo, absolutamente intrasladable al papel.)*

DOÑA SOL.—Pues bien, sí. ¡Os engañé!

DON FERNANDO.—¿Confesais? ¡Ah! *(Otro párrafo más terrible: si copiásemos el cual, habría tiros.)*

DOÑA SOL.—¡Ay! *(Hace que se desmaya para que Don Fernando no la despene.)*

DON FERNANDO *(calmándose al verla desmayada)*.—¡Claro, así no hay quien se enfade! *(Se va rabioso por el foro, dando un portazo y decidido a perdonar a Doña Sol.)*

*(Como ven ustedes, en la realidad las cosas ocurren más sencillamente que en el teatro, y, desde luego, de un modo bastante aburrido.)*

*Vamos ahora con la escena desarrollada al través de la alta comedia. He aquí lo que la realidad pondría en boca de*

## LUCILA Y FÉLIX

LUCILA *(entrando con traje de calle)*.—¡Hola!

FÉLIX.—Hola, sínvergüenza.

LUCILA.—¿Tienes ganas de armar jaleo?

FÉLIX.—¡Qué cinismo! De manera que vienes de ponerme en ridículo con Menéndez y aun protestas...

LUCILA.—¿Te importa mucho de donde vengo?

FÉLIX.—Lo que voy a hacer es mandarte a casa de tu madre.

LUCILA.—¡Te va a hacer daño! *(Esta frase se la ha oído el que firma a seis muchachas aristócratas.)*

FÉLIX.—Te advierto que...

LUCILA.—Bueno, ¡Déjame en paz! *(Llama a un timbre y aparece una doncella.)* Que sirvan la comida, Juanita.

*(Y nada más. Dos personas mundanas en esa situación no dirían nada más, aunque protesten los comediógrafos. La gente bien no habla depuradamente, ni mucho menos. Habla a trastazos, como todos los mortales, excluidos dos o tres pedantes.)*

*Pasemos a la tercera parte. La misma escena, que se desarrolló al través del sainete, sería así, en la realidad, sostenido el diálogo por*

## LINO Y EVARISTA

LINO *(entrando)*.—Oye tú, so arrastrá, ¿es verdá eso que me han dicho?

EVARISTA.—¿Qué te han dicho?

LINO.—Que estás líá con el churrero.

EVARISTA.—¡A ver si te vas a hacer de nuevas, atontao!

LINO.—¡Si no me valiera más que darte una bofetá, que... *(Lo que sigue no lo pueden oír las personas decentes.)*

EVARISTA.—¡Tú que vas a dar, boceras!

LINO.—¡Amos que si yo... *(Se va por la derecha hablando solo.)*

Da pena, pero esto es lo único que se les ocurriría decir a un Lino y a una Evarista reales, en la situación que la escena indica. Todas las hipérbolos exageradas; todas las semblanzas graciosas, todos los equívocos que se ponen en boca de los «personajes de sainete» son fruto del ingenio del que escribe. El pueblo bajo—ni el alto—no tiene ninguna gracia.

Como tampoco la tiene este último artículo de la serie *La escena y la vida real*.

El lector comprensivo me perdonará; era imprescindible sentar alguna vez el incuestionable hecho de que la realidad es estúpida.

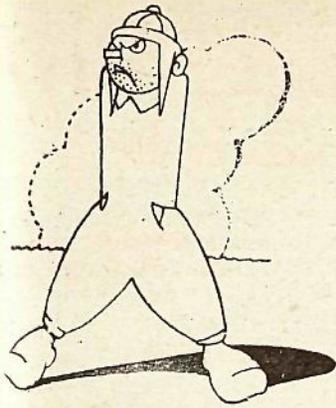
De esta forma espero conseguir que no se me acerque ningún señor—cosa que ocurre frecuentemente—a decirme: «hombre, le voy a contar una cosa que me ocurrió el año pasado y que tiene mucha gracia; usted la aprovechará para un artículo»...

No, no, de la realidad no puede sacarse nada gracioso. La gracia brota directamente del espíritu. Y lo dicho...

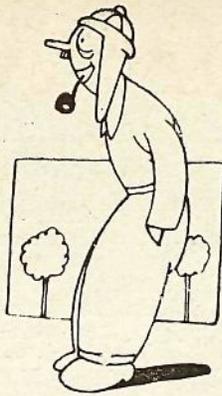
Si les aseguran que el teatro es «el fiel reflejo de la vida», ponganse en una postura cómoda y suelten el chorro de la risa.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

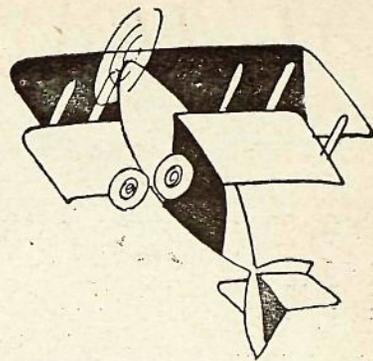
(1) Véanse lo antes posible los números 153, 154 y 155 de BUEN HUMOR.



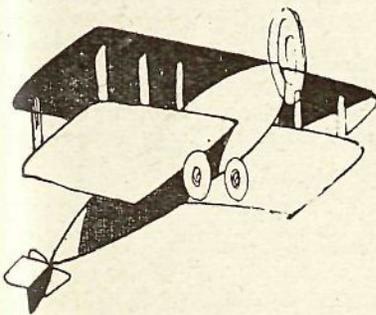
El aviador americano J. W. Thompson, estaba verdaderamente desesperado.



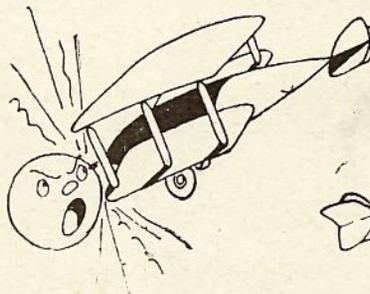
Pues había sido vencido siempre por el aviador inglés H. M. Harris.



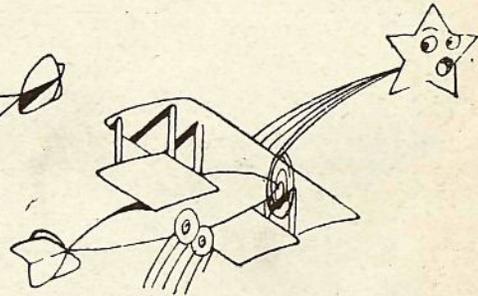
Si Thompson subía con un derroche de valor a 10.000 metros de altura,



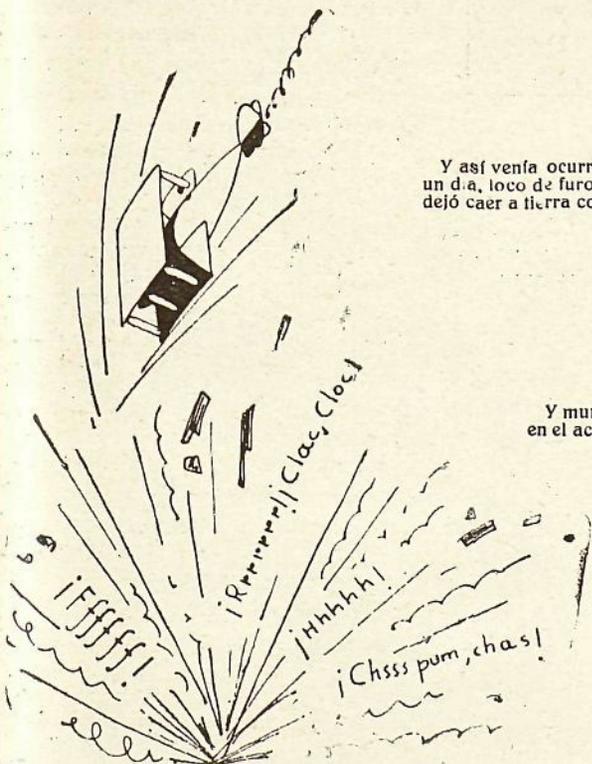
Harris se elevaba en seguida a 15 o 20 000.



Si Thomson tropezaba con un aerolito,

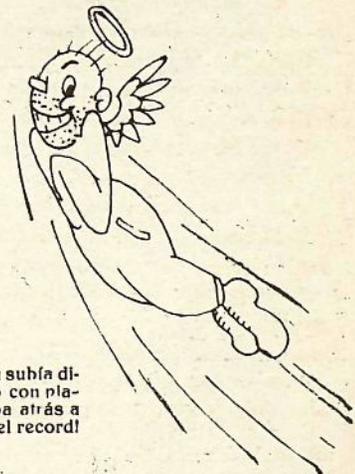


Harris ataba una lata a la cola de un cometa



Y así venía ocurriendo hasta que un día, loco de furor, Thompson se dejó caer a tierra como un rayo.

Y murió en el acto.



Pero cuando su alma subía directamente al cielo, ¡llo con placer inmenso que dejaba atrás a Harris. ¡Había batido el record!



López Rubio

Historieta por López Rubio.—Madrid.

# “BUEN HUMOR” EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO RÈGOCIJADO

LXXXI

Bueno, señores; estos parisienses me están ya fastidiando de una manera tan escandalosa y estentórea, que el día menos pensado voy a empezar a decir cosas feas, principiando por los transeuntes y acabando por Herriot, y me voy a quedar solo. Ya sé yo que, como diré las susodichas cosas en

la sombra, sino con el cuerpo de varios parisienses, que, repito, me están hartando más que un kilo de miel de la Alcarria deglutido por obligación.

¿Me quieren ustedes hacer el señalado favor de decirme qué culpa tenemos los españoles, los suizos, los suecos y los andorranos de que el franco continúe más bajo que el aplaudido Mansueto? ¿Es que le hemos hecho

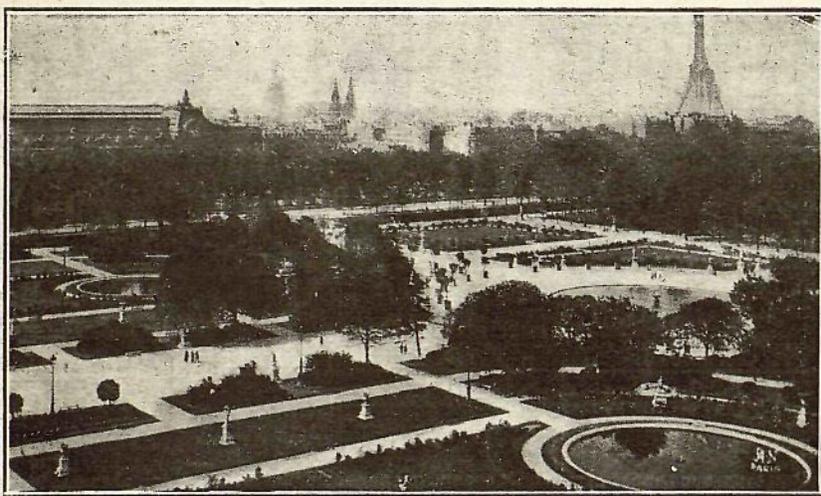
las demás poblaciones, bien entendido que los que no tengan tarjeta no podrán hacer visitas, como dijo *el otro* (o el que fuera, que yo no sé quien fué, ni me importa).

Protesto, pues, desde estas columnas, aunque sé de antemano que mi protesta será más inútil que Romanones para el servicio militar. La tarjeta susodicha vendrá a hacer compañía a la muchedumbre de sacacuartos con que aquí se nos está chinchando a los extranjeros desde que se firmó la paz; y no tendrá nada de particular que a esta tarjeta, que nos va a costar a cada cincuenta francos, le siga una carta de cuatro carillas, por la que Herriot quiera cobrar ciento veinticinco y el capón, y un jamón.

El impuesto es, a todas luces (y a oscuras), de una injusticia que raya con la impertinencia, linda con el abuso y toca con la tomadura de pelo, desde el blondo y dorado hasta el bruno y sombrío, sin respetar las canas sexagenarias ni los bisoñés diplomáticos. Y digo que es injusto, porque en París los extranjeros pagamos dinero por una serie de tonterías que parece mentira que seamos los mismos que en nuestros países nos negamos a pagar al casero, a sacar la cédula y a comprarnos unos calzoncillos del doctor Rasurel, cosas todas necesarias para vivir tranquilos y para no tener compromisos ni frío en invierno.

En París, el extranjero lo primero que hace es abonar cinco francos por subir a la torre Eiffel. En el ascensor le enseñan a usted (o a mí, ¡es lo mismo!) una medalla de latón, con un letrero que dice *souvenir de la montée*, y ponen una cara tan aterradora al ofrecérsela, que suelta usted (o yo, ¡ya hemos quedado que es igual!) otros cinco francos por miedo de que le arrojen desde el ascensor al éter, enfurecidos por la negativa. Si en la cima de la torre (donde hay instalado un bar que, además de un bar, es *una bar baridad* de caro) se le ocurre a usted tomarse una botella de la *bière*, cuente usted otros cinco francos y cuente con que no le devuelven ni una perra. Esto se explica en París, diciendo que, a trescientos metros de altura los precios tienen que ser algo elevados, y que el que quiera cerveza más barata, que se conforme con beberla al nivel del mar o que espere a que le convienen en cualquier otro nivel.

Vamos ahora a bajar de la torre, si les parece a ustedes, y nos encontramos con que en el ascensor nos vuel-



EL JARDIN DE LAS TULLERIAS

*París, que es la población del mundo donde hay menos niños, por razones que sería prolijo enumerar, es la que dispone de jardines más colosales para que jueguen. Uno de ellos es éste. Los demás son los otros. Ya ven ustedes las pocas criaturitas que se ven. ¡Es una pena, con lo agradable que sería ver jugar a un montón de niños felices e independientes, y encantados de haber nacido si los hubiesen dejado nacer!... Malas lenguas (en francés) dicen que, si de día no juegan los niños, de noche, en cambio, juegan los mayores. Siempre es un consuelo.*

castellano, no me va a entender nadie de primera intención; pero, en previsión de que esto suceda, tengo ya pensado acompañar las frases de ciertos gestos altamente ibéricos, con los cuales, muy brutos tienen que ser para que no se hagan cargo inmediatamente del atroz significado de los conceptos que he decidido ir vertiendo por todos los ámbitos de esta villa abusiva, onerosa e intransitable.

Supongo que ya se habrán ustedes dado cuenta, por la energía indómita con que he comenzado mi crónica, de que estoy que echo café, y que, además, no permito que se lo beba nadie. Y crean ustedes que tengo mis motivos para darme de bofetadas con mi sombra y para empezar a puntapiés, no con

bajar nosotros, cuando ni siquiera le hemos llamado para que baje? Pues los señores franceses se lo han creído de corazón, o de hígado, y pretenden que paguemos las consecuencias de esa franca baja del franco bajo, sin tener presente que a los extranjeros nos convendría quizá más que subiese, y hasta quisiéramos que estuviese tan alto como la luna, ¡ay, ay!, como la luna, sí, señores.

Toda esta furia que me está calcinando las entrañas procede del acuerdo (no me acuerdo si del presidente del Consejo o del ministro del ramo) de que se fabrique una tarjeta de identidad para los extranjeros y de que se les venda a un precio exorbitante a los que quieran permanecer en París o visitar

ven a ofrecer otra medalla, exactamente igual a la anterior, salvo en el rótulo que dice ahora *souvenir de la descente*. Es forzoso comprarla, por la misma asustante razón que hemos comprado la otra, y la adquirimos sin protesta, aunque un poco avergonzados de que un amigo pueda enterarse de que hemos cometido la mentecatez de comprar un recuerdo del descenso, aunque el amigo haría lo mismo, porque en París todavía no ha habido un guapo a quien no le hayan dado recuerdos en la torre Eiffel y los haya tenido que pagar, ¡y al contado y poniendo cara sonriente!

Otro de los sitios en donde hay que pagar otra barbaridad de monedas, es en el Museo de los Inválidos. Menos mal que allí las paga uno todas juntas, cosa muy conveniente para arrepentirse de todo lo que se ha hecho real en este mundo, incluyendo el ir al Museo de los Inválidos sin enterarse antes de lo que iban a hacer con uno, que es ponerle a un inválido delante para que le aloje lo que guste (o lo que no guste), con destino al sostenimiento del hospital. París es la única población del Universo donde los inválidos saben dar sablazos y donde, si usted se des cuida, repiten. A un servidor de ustedes le costó la visita a Los Inválidos, cinco francos absolutamente válidos, que, además, no me los agradecieron; se conoce que porque esperaban diez o tal vez porque adivinaron que los daba de muy mala gana (los inválidos suelen ser vivos, aunque por casualidad, porque se han expuesto más que otros a que los maten, y por eso son inválidos en lugar de ser ciudadanos completos).

No hablemos de lo que cuesta penetrar en París en una iglesia, principalmente porque creo que ya hablé de ello en una de mis pasadas crónicas. La separación de la Iglesia y el Estado, ha puesto el culto en tal estado, que el que ha estado en París en una iglesia, no vuelve y se queda a rezar en casa; y si no se queda, acaba por fallecer en la mayor indigencia, porque es que aquí ir a misa cuesta más caro que asistir a un baile de máscaras. Hay cepillos para todo. Se pide para el culto, para las obras del templo, para el organista, para la luz, para el coro, para los tenores, para la calefacción..., se pide por Dios y por la Virgen..., se pide por las puertas y por el interior..., se pide porque sí y porque también. Excusado (y perdonen) es añadir que al cuarto cepillo que sacan, está uno más limpio que una patena. Amén.

Mil regocijos como estos podría yo citar aquí en demostración de que los extranjeros no ganamos para sustos ni para sostener los innumerables caprichos de los caballeros parisienses y los de algunas de sus señoras; pero baste con lo dicho para dejar sentado

y hasta durmiendo, que el proyecto de la tarjeta de identidad es una cosa que no puede pasar, y que, si pasa, ya veremos lo que pasa.

Bien es verdad que si pasa, pasa con tarjeta, y si somos finos, tendremos que dejar que pase.

¡Y decían que Herriot era socialista! Si el socialismo, según parece, consiste en sacarme cincuenta francos, desde ahora cambio de postura, aunque me dé un calambre y me quede en él.

¡Viva Vázquez Mella!  
Pero completamente gratis, ¿eh?, no vengamos luego con tonterías y con que hay que pagar también.

to, una mano desconocida ha grabado en la pared estas palabras revolucionarias:

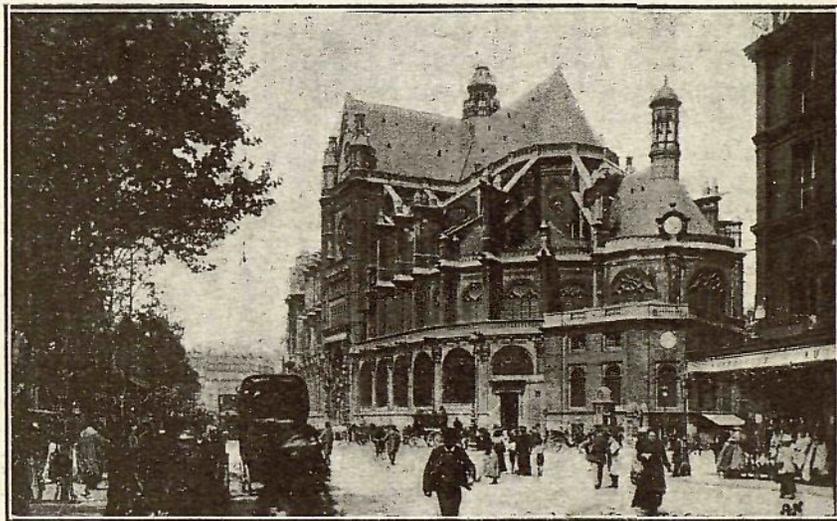
*¡Viva el comunismo!*

Se ignora si defiende esta frase a la Internacional de Moscú o simplemente a los obreros que construyen *waters*, que también son comunistas, por lo menos en España.

Aunque realmente ambas cosas son parecidas, porque las dos van a parar al mismo sitio.

Y otro letrero, y basta por hoy:

En un escaparate de una tienda de *nouveautés* y artículos para regalos, instalada en cierta calle de Montmartre, vi ayer una hilera de preciosos bas-



LA IGLESIA DE SAN EUSTAQUIO

*Reverendo templo, famoso por sus conciertos de música sacra, por sus alegres sacerdotes, por su buena temperatura y por estar situado frente a los mercados centrales. Los vendedores al por mayor no se confiesan en él por no querer confesar lo que roban en el peso, pero los consumidores que van a comprar a los mercados sí suelen confesarse. En París, al ir a la compra, es conveniente que Dios nos coja confesados. Si no, hay peligro de morir como réprobos, ingiriendo un filete o una alcachofa de las que allí se expendien, o cayendo con un ataque cardíaco al ver el precio.*

LXXXII

Letreros de París...

Frente al cementerio de Montparnasse vive (aunque no merece vivir) un distinguido fotógrafo, en cuyo portal hay un cartelito que dice esta leve cosa que sigue:

*Especialidad en retratos después de los fallecimientos. No hay necesidad de «posar» más que dos minutos.*

Advertencia fíclitamente sabía que suponemos tendrá como fin el que los cadáveres no protesten y digan que no se quieren retratar si tienen que estarse quietos un cuarto de hora.

Otro letrero:

En un *water-closet* público (aunque por dentro es privado) que hay en la plaza de la Bolsa, y que los bolsistas suelen utilizar cuando se llevan un sus-

tones con puño de asta, y sobre ellos el siguiente anuncio tentador:

*Señora: regale usted a su esposo uno de estos lindos bastones. Magnífica empuñadura. Asta para toda la vida.*

Como si dijéramos: Asta hasta la muerte.

Realmente es un regalito para un marido.

Y para un marido parisiense, que lo agradecen siempre.

Rigurosamente *historique*.

No se rían ustedes, que lo juro por mi salud. Mejor dicho, lo juro por un catarro de órdago que tengo hace quince días.

ERNESTO POLO

París. Hotel Lafayette, noviembre,

## METAMORFOSIS

## LOS HOMBRES-NÚMEROS

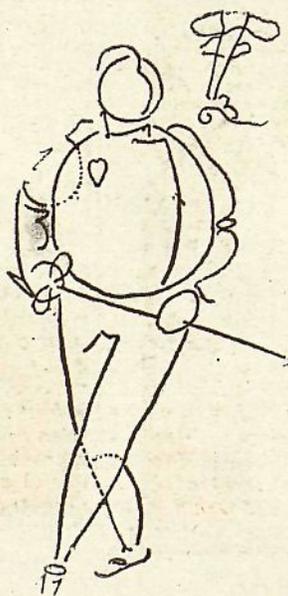
Los dibujos que acompañan a las presentes líneas provienen de un concurso que organizó entre sus lectores hace años el periódico francés *Je sais tout*... La influencia de semejantes concursos en las costumbres humanas es incalculable. Los lectores del dicho periódico comenzarían, desde que el concurso apareciese, a no ver en cada humano, cejas, narices, ni orejas, sino doses, cuatros, treses... ¡Diabólica ocurrencia!... Diez concursos de esa clase y la humanidad cambiaría; dejarían las personas de ser para nosotros lo que todavía son, alguna vez que otra, cuerpos estéticos u orgánicos, y pasarían a ser solamente puzzle de guarismo. Veríamos ochos en los ojos, nue-

no al extremo del cual hay una cifra —el sueldo— tanto más considerable



cuanto más hombre se haya hecho. «Hacerse hombres» quiere decir eso: ganar de 12.000 pesetas para arriba. El que no las gana, no lo es; y el que las gana, ya lo es, sólo por el hecho de ganarlas. Así ocurre que, al encontrarnos en la vida con uno de estos individuos que han conseguido hacerse hombres de ese modo, y preguntarles: «¿Qué categoría tiene usted?» —suelen contestar «¿Yo? Seis mil pesetas»— «¿Yo? Diez mil pesetas.» La categoría humana para ellos es el sueldo.

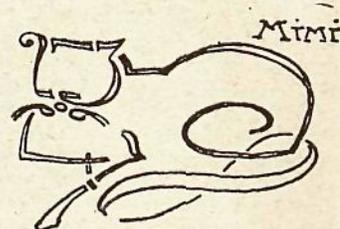
El hombre bien plantado no es el



hombre que sabe posar bien la planta en este mundo; lo que sostiene al hom-

bre en «buena posición» no es la planta: es la plantilla. Por eso del que no logre ganar dicen que no puede «levantar cabeza.» El hombre que no tiene un sueldo pingüe no puede llevar alta la cabeza. Hay que «meter la cabeza» a todo trance. ¿Dónde? En el escalafón. La cabeza en el escalafón y los pies en la plantilla. «Tú termina la carrera y ¡ya entonces podrás tirar los libros!— dicen los *Je sais tout* paternos a sus hijos.

Y es que para ellos el mundo es un concurso, y para vencer en esa concurrencia basta que el hijo pueda convertirse en una cifra inmensa: que cada fracción suya sea un número; que pueda comprar todo, aunque le cueste...

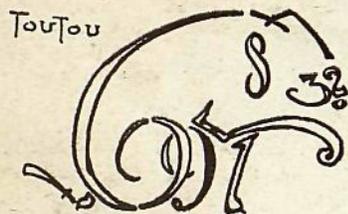


«un ojo de la cara»; sólo entonces podrán decirle al hijo sus papás, enternecidos y triunfantes, el máximo elogio: «¡Si vales más pesetas...!»

Lo mismo son las mujeres. A tal Adán, tal Eva. A las muchachas se las enseña a tener juicio y el juicio está en las muelas, como sabemos. Eso quiere decir que la esposa de juicio debe asegurarse, ante todo, al elemento masticable.

Por eso han solido tener los militares tanto partido entre las mujeres: por el sueldo fijo, la viudedad, el colegio de huérfanos para éstos, y, sobre todo, la tarjeta de la farmacia. ¡Oh, la tarjeta! ¡Qué de bodas ha conseguido la tarjeta!... «El militar no gana mucho—sólo dicen, sentenciosas, las madres de familia—; pero nunca les falta su sueldo, y, además, tienen una porción de ventajas»... La principal de estas ventajas era siempre la botica...

No era, pues, el uniforme y la apertura marciales lo que fascinaba a las novias, aunque sus respectivos gala-

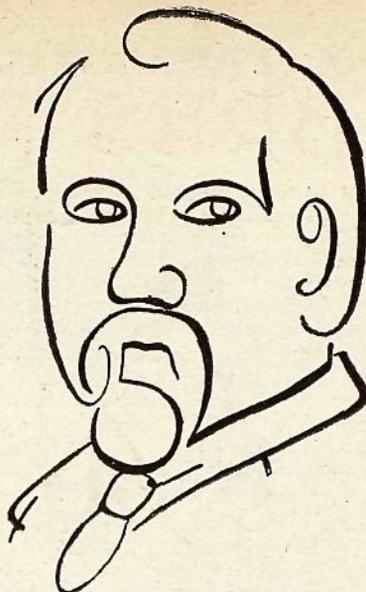


ves en las perillas; el oído sería un tres, y una cabeza rizosa, la tabla de Pitágoras. Al cabo de unos años, cuando cualquier Gioconda quisiera conmovernos con la insinuación de su sonrisa, nosotros no nos enteraríamos siquiera, porque estaríamos pensando: «Parece que en las comisuras de la boca de esa señora van a dibujarse unos cincos»... El trastorno sería incalculable...

Y, sin embargo... Ese concurso estaba ya vigente en el mundo mucho más de lo que nosotros podamos figurarnos y mucho antes de que se le ocurriera al *Je sais tout*.

Todos los que enseñan en el mundo, todos los *Je sais tout* del Universo, que, por creer que todo se lo saben, asumen la tarea de enseñar a los otros, andan desde hace muchos años enfrascando a la humanidad en concursos de ese género. Cuando a los niños se les dice que tienen que hacer carrera y hacerse hombres, ¿qué quiere decir esto? Que tienen que echar a correr por un cami-

nes militares lo creyeran. A las mujeres no les hace tanto efecto la brillantez del uniforme: a colorines, cintajos y plumeros, no las gana el húsar más galán ni más de gala. El uniforme militar conmovía a las muchachas, porque en aquél veían éstas la declaración explícita y patente de la mensualidad asegurada. Las novias de los húsares se arroban ante las circunvalaciones galoneadas que ostenta su futuro, porque ellas, ejercitadas en el arte de ver cifras en todo, como los concursantes al concurso del *Je sais tout*, saben ver en los bordados del uniforme de su novio las cifras del sueldo. Ven al novio, efectivamente, su futuro: es, a saber, su porvenir: Esa es la verdad y



ése el secreto. Cuando ellas exclaman ante el militar: «¡Oh, qué cuerpo!», no se refieren, como es de suponer, a la gallardía física, sino al cuerpo de la milicia. ¡Por supuesto!... Y cuando elevan los ojos al cielo, es que piensan arrobadas: «¡Cuántas estrellas hay... Algunas de éstas irán cayendo con el tiempo en las bocamangas de mi esposo!...» Las estrellas son también guarismos, cifras, sueldo.

Hombres, mujeres, vida y cielo, son para los concursantes del *Sábelo todo* universal, guarismos, cifras, sueldo.

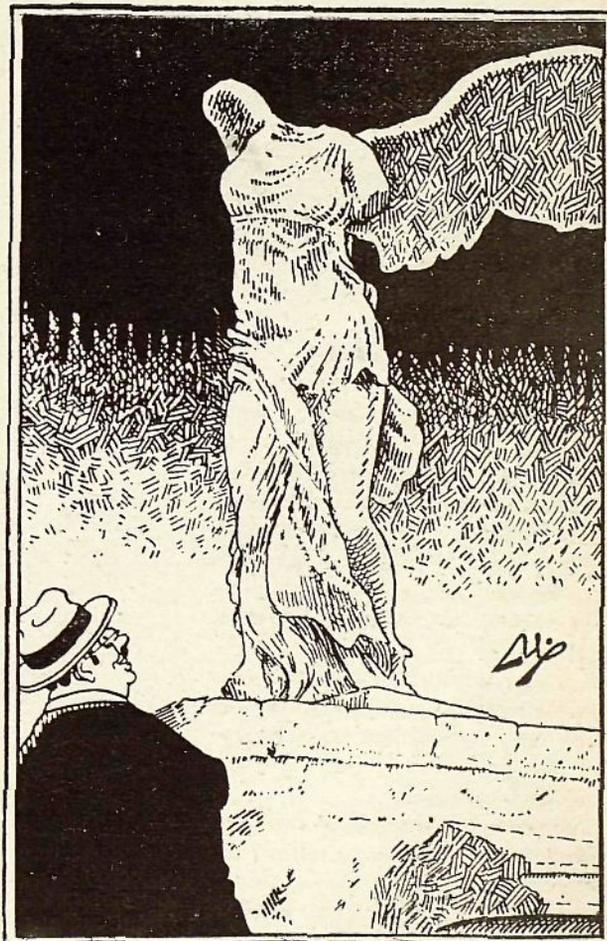
Por eso hay tantos para quienes el morir suele consistir solamente—¡cifras hasta el fin!—en hacer las diez de últimas...

MANUEL ABRIL



Dib. SERNY.—Madrid.

—Dentro de dos días cumplo los años.  
—¡Y yo también! ¡Qué casualidad!  
—¡Buena: pero yo es la primer vez que los cumplo.



Dib. URDA.—Barcelona.

—¡Caramba, si que es chocante! ¡Y ésta es la célebre Victoria?  
¡Pues más bien parece la derrota definitiva!

# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## Cancionera

Un servidor, se pondría a tono al hablar de la nueva producción de los Quintero... De buena gana, hiciese en rípios sus comentarios; pero...

Critiquero, no critiques,  
que te pasas *toa* la *vía*  
con embustes y paliques.

Y como de tomarse la molestia de urdir unas cuantas estrofas éstas tendrían que ser lo cómicas que el caso requiere, y ello molestara, de seguro, a los señores Alvarez Quintero, que, por lo que hemos leído, están dispuestos a poner todos los puntos que sean necesarios a las *ies* de los pobres cronistas, renunciemos al poético intento, limitándonos a consignar, lector, que

Mira qué bonita era,  
que periodistas y público  
alabaron *Cancionera*.

Y *Cancionera* es una notable producción, sí, señores, ya se la alabe en prosa, ya en verso, ya con música popular y de «cante jondo».

En un principio, y mientras el espectador «se hace» a la idea, la cosa desorienta un poco. Figúrense ustedes que salen tres o cuatro caballeros y, sin previo aviso, comienzan a dispararse «seguiriyas» del más puro estilo gitano.

Uno dice sus versitos, replica el otro, contesta el tercero, interviene el cuarto y todos se manifiestan de parecida forma. En realidad, la gente se alarma, y con mucha razón; pero acto seguido entra lo bueno...

Y lo bueno, bueno, bueno es la forma en que *Cancionera* está versificada; porque el argumento no tiene grandes atractivos ni originalidades sorprendentes. Hélo aquí:

Un hombre que tiene una hermana. Una hermana que se enamora de un perdulario. El perdulario que «favorece» a su enamorada con un fiero vástago. La rival inevitable que se lleva al ciudadano; las escenas de celos; el hermano de su hermana que se vuelve loco al enterarse de la desgracia. Una predicción de cierta gitana, que habla también en verso, y que viene a decir, poco más o menos:

«Anda, vete y mal fin tengas:  
una noche vendrá el loco  
y te matará en escena...»

¡Y... la realización del siniestro augurio!

Esta es la trabazón dramática del nuevo poema quinteriano, que, como

verán ustedes, no tiene nada así como para «patar».

Pero la forma poética, eso sí, es original, atractiva y de un gran mérito.

Nosotros diríamos que está toda escrita en «soleares», «seguiriyas», «fandanguillos», etc., etc.; pero como resulta que eso no puede consignarse, porque molesta a los ilustres académicos, se tendrán ustedes que conformar con que les refiramos que dicha obra poética coincide en el número de versos y en la rima y en todo, con esa clase de composiciones que hemos mencionado y que después de lo dicho ya no nos atrevemos a repetir...

No quieres que te lo llame  
y lo saben los chiquillos  
y lo cantan por las calles...

No te avergüences de ser  
lo que más fama te dió;  
que con ser San Pedro un santo,  
porque negaba al Señor,  
¡se le ha criticado tanto!

Y ustedes dispensen, queridos lectores...

## El otoño

Ya sabrán ustedes que con esto de los temporales de lluvias, han ocurrido en Madrid algunas desgracias.

En el teatro del Centro ha caído tal chaparrón, que ha naufragado todo y se han registrado numerosas víctimas. Se han salvado muy pocos de los naufragos.

Las pérdidas son de consideración. (Las del empresario.)

## En un estreno

... Y entre periodistas:

—¡Usted es un analfabeto!

—¡Y usted un estúpido!

—¡Usted no tiene categoría para discutir estos asuntos!

—¡Su cráneo es de peña berroqueña!

—¡Vaya usted a paseo!

—¡Cursi!

—¡Idiota!

(*Estaban discutiendo el estreno de la última comedia de Luigi Pirandello.*)

## Más que palabras

Confesemos nuestra deslealtad para con los lectores. Sabíamos el suceso; nos contaron el episodio con todo lujo de detalles, con minuciosidad absoluta y, sin embargo, preferimos callar por respeto a los protagonistas del drama—drama era, y representado por artistas de renombre extraordinario—, que fué comidilla de periodistas y cómicos de Buenos Aires.

Pero ahora que los interesados no

sólo lo hacen público, sino que aún especifican los momentos culminantes del hecho, ahora ya no nos queda sino pedir perdón por haber callado, y referir lo que a su debido tiempo llegó a nuestros castos oídos.

Eran—y sean por muchos años—un actor notabilísimo y una primera actriz muy bella, que marcharon a América con el fin de hacer juntos una larga temporada. En un principio, todo marchaba como la seda: las representaciones se contaban por triunfos y por llenos. El dinero entraba a espuestas en las taquillas.

Un mal día surgió cierto rozamiento entre las dos primeras figuras.

Se rompieron las relaciones de armonía imprescindibles para convivir representando comedias; tras del primer incidente—oral—surgieron otros varios. Como mal menor acordóse la separación artística: la actriz regresaría a España lo antes posible.

Se comenzó a tratar este asunto y nunca imaginárase que el viaje se emprendiese tan pronto, ni de la forma en que se inició.

El trato, parco en palabras, fué pródigo en hechos.

Ni el actor ni la actriz aceptaron las bases iniciales, y en el acto comenzó una discusión de tonos violentos, cuyos términos omitimos por respeto al lector. A cierta apreciación de la dama siguió otra, durísima, del galán. Y vino la réplica, pero no una réplica oral y sentada, sino un guantazo—¡perdón!—, del que el actor sí que hubo de quedar sentado... Y sobre un sillón por más señas.

Y... ya pueden ustedes figurarse. La dama, asustada, volvió la espalda y pretendió huir... ¡Nunca lo hiciera!

Ofrecióse a la fiera venganza del ofendido, cierta parte preeminente de la actriz...

¡Zas! Fué con el pie el agravio.

La dama salió proyectada con violencia y, al parecer, con dirección a España...

Y... así ha debido suceder, por cuanto ella está en Madrid y ha dado una versión del suceso—en carta rogocinante que publicó un diario—, a la cual nos atenemos, para facilitar a nuestros lectores la versión de tan importante espectáculo teatral.

## La raya negra

Muñoz Seca, el graciosísimo autor, obtuvo el sábado uno de sus más grandes triunfos escénicos; la gente se tronchó de risa durante el estreno de su obra dramática *La raya negra*. En realidad, lo que allí ocurre, pasa de la raya.

José L. MAYRAL



Dib. AUREGER.—Madrid.

### UN PARTIDO DE EMPEÑO

—Pero ese Edgardo cuánto tarda en despedirse...

—Es que se trata de un buen partido y quiere apuntarse los primeros tantos...

# A LA LUZ DEL CREPÚSCULO

Atardecía. El rubicundo Febo,  
como siempre, galán se despedía,  
y su disco, color yema de huevo  
tras la vecina sierra se escondía.  
Volando a su albedrío  
la hueste trinadora  
daba su adiós al moribundo día,  
y se escuchaba del cercano río  
la rítmica canción murmuradora.  
Era tibio el ambiente;  
suaves efluvios despedía el suelo,  
y la noche tendía lentamente  
su vanguardia de sombras por el cielo.  
Tornaban las ovejas al aprisco;  
del Angelus se oía el canto grave  
y el gorrión, aunque amante, siempre arisco,  
de su nido buscaba el calor suave.  
Y sobre el blando césped reclinada  
despidiendo sus ojos fuego de horno,  
gentil y soñadora como una hada,  
la moza más garrida del contorno  
a su galán escuchaba, que arrobada  
y después de mirarle enamorado  
cual si darse quisiera  
un banquete de amor con la mirada  
le habla de esta manera:  
—Mi vida, mi ilusión, mi amor, mi cielo,  
escúchame un instante,  
calma el hondo desvelo  
en que sumiste un día

mi corazón amante  
del que huyó para siempre la alegría.  
Dispón como te plazca de tu esclavo  
que siempre valeroso y siempre bravo,  
con todo el mundo en guerra  
por dar satisfacción a tus anhelos  
descenderá hasta el fondo de la tierra,  
escalará los cielos...  
porque si tú lo quieres,  
¡oh, sultana de todas las mujeres!,  
lucharé con el lobo carnicero,  
con el león y con el tigre hircano,  
a los que en tu presencia altivo y fiero  
les dará muerte con mis propias manos,  
que para mí será por defenderte  
placer sublime el arrostrar la muerte,  
En esto, retador, bravo, altanero,  
por el vecino O'fero  
un toro negro avanza  
que sobre el grupo sin temor se lanza.  
Como el peligro es grave y se avecina,  
el rendido galán trepa a una encina  
y la zagala, abandonando el césped,  
al ver de cerca el peligroso huesped  
que se haya al punto ya de darla alcance,  
después de un ¡ay Dios mío!  
para salir ilesa de aquel lance  
tuvo que echarse de cabeza al río.

MANUEL SORIANO

## TRES MINUTOS DE SILENCIO

Amplia plaza de una populosa ciudad. Hay en ella un conato de jardín y en el centro de éste álzase una improvisada tribuna junto a un bulto informe, cubierto por un lienzo blanco.

Una compacta multitud se apaña en la plaza. Todo es silencio; sólo se escucha la voz de un orador que, vestido severamente de negro, dirige la palabra al público desde la improvisada tribuna.

Son las cinco de la tarde. El sol, un sol de verano, deja caer su inclemencia sobre el genio.

En el ambiente danza Nuestra Señora la Incongruencia.

EL ORADOR (*con acento lúgubre y conmovido*).—Es un merecido tributo el que hoy rendimos a la memoria del ilustre muerto, gloria de esta ciudad que le vió nacer. La estatua que aquí espera (*señalando el bulto informe*) el momento de ser descubierta, es la patentización, la palpable prueba de nuestro cariño hacia aquel gran hombre. Honrándole os honráis. La Humanidad entera tiene en estos instantes un mudo elogio para vosotros que condensáis en ese labrado mármol la inequívoca señal de una admiración y de un aprecio indestructibles... (*Permanece absorto, mudo, unos instantes. En su cerebro hay una horrible zarabanda de los párrafos aprendidos y que ahora no puede recordar exactamente. Al fin, por su mente ha cruzado una idea solucionadora y, con voz aun más tenebrosa, mientras*

saca un reloj del bolsillo, dice: ¡Ciudadanos: tres minutos de silencio como muestra de dolor por la muerte de nuestro amado genio! ¡Tres minutos en señal de duelo!

Voz 1.<sup>a</sup> (*muy bajo*).—¡Bien!

Voz 2.<sup>a</sup> (*ídem*).—Lo que me parece es poco tiempo para hombre tan insignificante.

Voz 1.<sup>a</sup>—¡Claro! Pero algo es algo.

Voz 2.<sup>a</sup>—Indudablemente.

UN SEÑOR GRUESO (*tosiendo*).—

¡¡¡Ejem!!! ¡¡¡Ejem!!!

Voz 2.<sup>a</sup>—¡Silencio!

UN SEÑOR GRUESO.—¡¡¡Ejem!! ¡Esta maldita tos!... ¡¡¡Ejem!!

Voz 5.<sup>a</sup>—¡Sí que es oportunidad!

CORO.—¡¡¡Chits!!!

UN SEÑOR GRUESO (*a punto de estallar víctima de una congestión*).—

¿Qué le voy yo a hacer?... ¡Ay! ¡¡¡Ejem!!

Voz 4.<sup>a</sup>—¡Que lo arropen!

Voz de MUJER.—¡Para eso haberse quedado en casa!

Voz 1.<sup>a</sup>—¡Claro!

CORO.—¡¡¡Callarse!! ¡¡¡Silencio!!!

UN SEÑOR GRUESO (*tratando de justificarse con un vecino*).—¡Maldita sea! Así que llevo tres años y pico...

Nada: un catarro mal curado... ¡¡¡Ejem!!

Voz 2.<sup>a</sup> (*gritando desafortadamente*).—¿Pero es que no va a haber silencio?

Voz 5.<sup>a</sup>—Por lo visto. ¡Qué falta de respeto!

VOZ DE MUJER.—¡Ya! ¡Ya! Parece mentira que haya personas tan mal educadas.

UN SEÑOR GRUESO.—¡Señora!...

CORO.—¡¡Chits!!

UNA NIÑA.—¿Qué pasa, mamá? Yo quiero verlo.

LA MAMÁ.—Nada, hijita. Un señor que creo que se ha puesto enfermo repentinamente.

Voz 6.<sup>a</sup>—¡Esto es intolerable! ¡Vaya un escándalo!

UNA SEÑORA (*a la mamá*).—¿Decía usted que se acababa de morir uno? No es extraño. Con este calor... ¡Puaf!

LA NIÑA (*llorando*).—¡Yo quiero verlo! ¡¡Yo quiero verlo!!

LA MAMÁ.—¡A callar! No se puede ver.

CORO.—¡Esa niña! Que se calle.

UN SEÑOR (*al que acaban de pisar un pie*).—¡Que le maten!

LA MAMÁ.—¡Que le maten a usted, so tío imbécil! ¡Vamos, el hombre!

Voz 5.<sup>a</sup>—¡También la ocurrencia de traer una criatura a estos sitios...

Voz 2.<sup>a</sup>—La madre, que será alguna curiosa, y en vez de estar zurciendo...

Voz 1.<sup>a</sup>—¡¡Tengan la bondad!!

Voz 3.<sup>a</sup>—¡Qué escándalo!

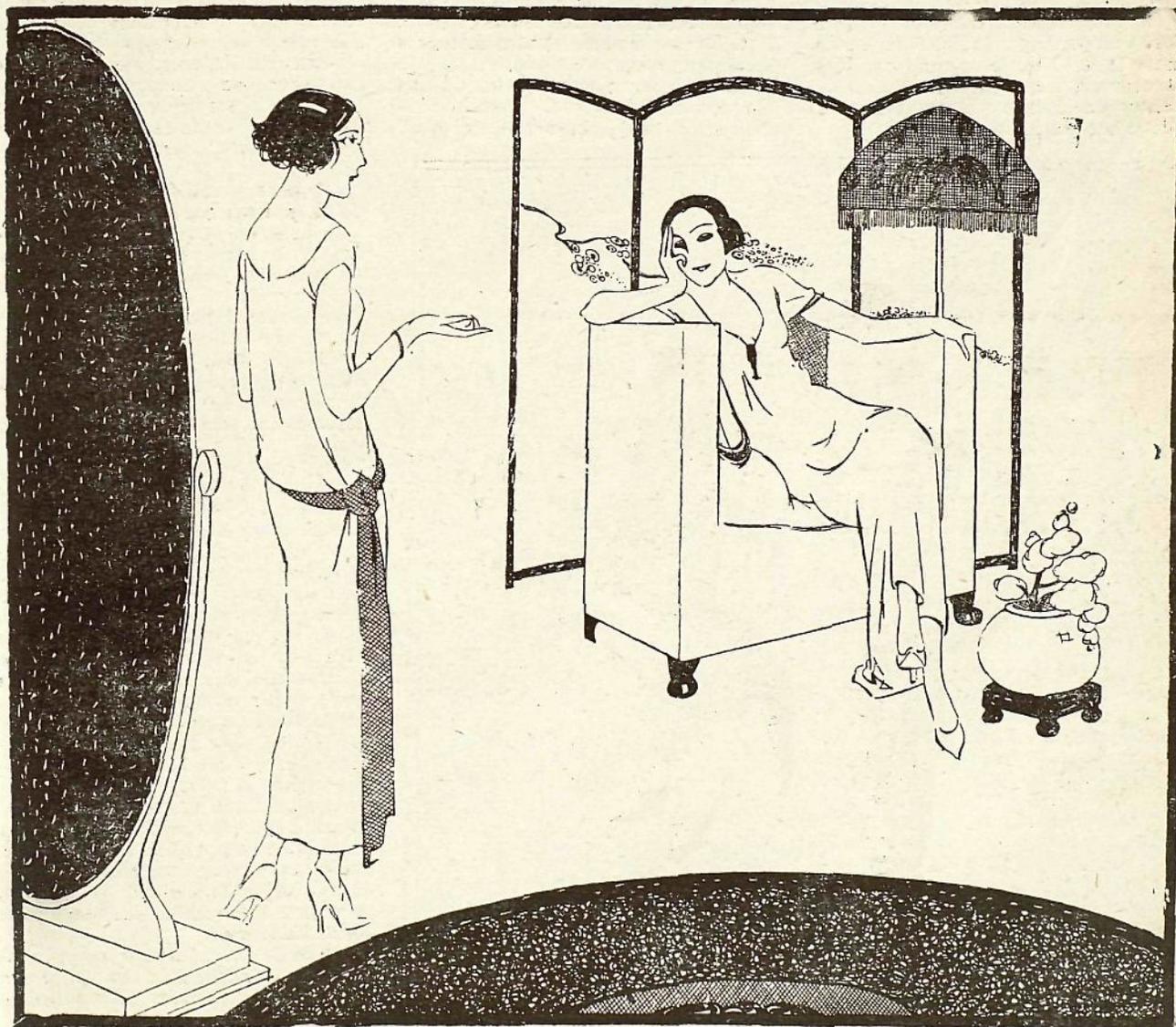
UN SEÑOR GRUESO.—¡¡Ejem!! Ya vuelva la tos. ¡Maldita sea!...

CORO.—¡Fuera! ¡Que se callen!!  
 Voz 4.<sup>a</sup>—¡Yo estoy loco!  
 Voz 1.<sup>a</sup>—¡Tenga la bondad de no chillarme en los oídos! ¡Me está usted dejando sordo!  
 UNA SEÑORA.—¡¡Socorro!! ¡Llamad a un guardia!  
 UN SEÑOR GRUESO.—¡No hay ningún guardia! ¡¡Ejem!!  
 UNA NIÑA.—¡Yo quiero verlo, mamá!  
 UNA SEÑORA.—¡Ay!  
 Voz 2.<sup>a</sup>—¡Agua! ¡¡Traed agua!!  
 Voz 3.<sup>a</sup>—¿Qué pasa?  
 Voz 4.<sup>a</sup>—Una señora que se ha desmayado.  
 UNA SEÑORA.—¡Me muero!  
 Voz 5.<sup>a</sup>—¡Un médico! ¡Que venga un médico! ¡¡Pronto!!

CORO.—¡Silencio! ¡Chits!  
 UNA JOVENCITA.—¡¡Socorro!! ¡Me acaban de robar mi bolso!  
 UN LADRÓN.—¡Que le han robado un bolso a una señora! ¡¡Guardias!!  
 Voz 6.<sup>a</sup>—¡No empujad!  
 Voz 7.<sup>a</sup>—Usted perdone. Es que me empujan a mí.  
 UN NIÑO.—¡Mamá! ¡Yo quiero ir con mi mamá!  
 Voz 8.<sup>a</sup>—¡Pobrecito! Se ha perdido.  
 UN NIÑO.—¡¡Mamá!!  
 UNA SEÑORA (en el otro extremo de la plaza).—¡Me han robado a mi hijo! ¡¡Luisito!! ¡¡Luisito!!  
 UNA SEÑORA COMPASIVA.—¡Pobre madre! ¡Cuánto dolor!  
 UNA SEÑORA.—¡¡Mi hijo!! ¡¡Mi hijo!!

CORO.—¡¡Silencio!! (El escándalo es ensordecedor. Todas las bocas chillar desafortadamente gritando denuestos, maldiciones o lamentos.)  
 Voz 1.<sup>a</sup> (haciéndose superior al alboroto).—¡Atención! ¡¡Que va a seguir hablando!!...  
 CORO.—¡¡¡Chits!!!  
 EL ORADOR.—¡¡Amado pueblo!! ¡¡¡Ciudadanos!!! ¡¡¡Los tres minutos de silencio han terminado!!! (Todo enmudece repentinamente. No se oye el más leve rumor; sólo allá se escucha el isócrono ruido del agua de una fuente al caer.)

J. SANTUGINI Y PARADA



Dib. ALPHA.—Tafersir (Marruecos).

—Estaréis encantados en este piso tan mono. ¿Os cuesta mucho?  
 —No. Como Luis es muy amigo del casero, sólo le ha subido el doble de lo que pagaban antes.  
 —¡Qué suerte tratar con persona tan considerada!

# EL CUENTO PARA COLEGIALAS

Deseoso de cultivar una literatura que se pueda dejar en todas las manos, inauguro hoy el cuento puro, el cuento casto, escrito de ex profesor para señoritas colegialas y muy inocentes.

## ALBERTINA Y BENITO (Cuento blanco)

Albertina hacía crochet al lado de su anciana abuelita; de vez en cuando, alzaba los ojos de su labor y miraba la calle por el balcón, después volvía a contar sus puntos. Uno, dos, tres, cuatro, etc. Y es que Albertina era una muchacha modelo, cuyo proceder era citado como ejemplo ante todas las muchachas de la capital.

En esto, Albertina dió un suspiro, ¡ay! y doña Adelaida, que así se llamaba la abuelita, le preguntó: —¿Qué te ocurre?, nieta querida, dímelo, ya sabes que te quiero como una madre desde que murió mi pobre hija.

Y por las mejillas de la anciana rodó una lágrima.

—No me ocurre nada, es que suspiro—dijo Albertina.

Albertina mentía, no suspiraba en balde; y no hemos de pasar más adelante sin afeor la conducta de la joven, faltando a la verdad; pues hemos de recordar a nuestras lectoras, que ese es un defecto del que deben de apartarse siempre.

¿Cuál era la causa por la que Albertina suspiraba, y que, por lo visto, quería ocultar? Trataremos de explicarla.

En la casa de enfrente a la de Albertina habitaba un joven llamado Benito. Este joven trabajaba para mantener a su madre, una pobre viuda.

Juvenil lectora: aprecia la bondad del corazón de Benito que, huyendo de la disipación tan frecuente a su edad,

sólo se preocupaba en proveer a las necesidades de su madre, con lo que produjese su esfuerzo personal.

Cierta mañana—hay una todos los días—, y sacamos a colación este hecho, para recordaros el deber que tenéis de aprovechar la mañana y no dejaros vencer por la pereza que os retenga en el lecho hasta que el sol se halle muy alto. Cierta mañana, Benito se hallaba en el balcón, ocupado en repartir entre los gorriones el pan de su desayuno.

(¡Hermoso sentimiento el de este muchacho por los animales!)

Albertina salió a un mirador de su casa a poner a secar unas medias que ella misma había lavado.

Albertina, lectoras, era una muchacha hacendosa y consciente de sus deberes, y a pesar de disponer de una lavandera, se lavaba ella misma muchas prendas que el recato me obliga a callar.

Albertina vió a Benito, y éste advirtió la presencia de la joven.

Se miraron y enrojecieron azorados. Benito se metió en la boca todas las migas de pan que repartía, y a la joven se le cayeron las medias a la calle.

Desde aquel día, en sus puros corazones, nació el amor.

Mas, tímido él y recatada ella, no se hablaron, y sólo en fugaces miradas de balcón a balcón, se hubiera podido adivinar ese sentimiento en ambos jóvenes.

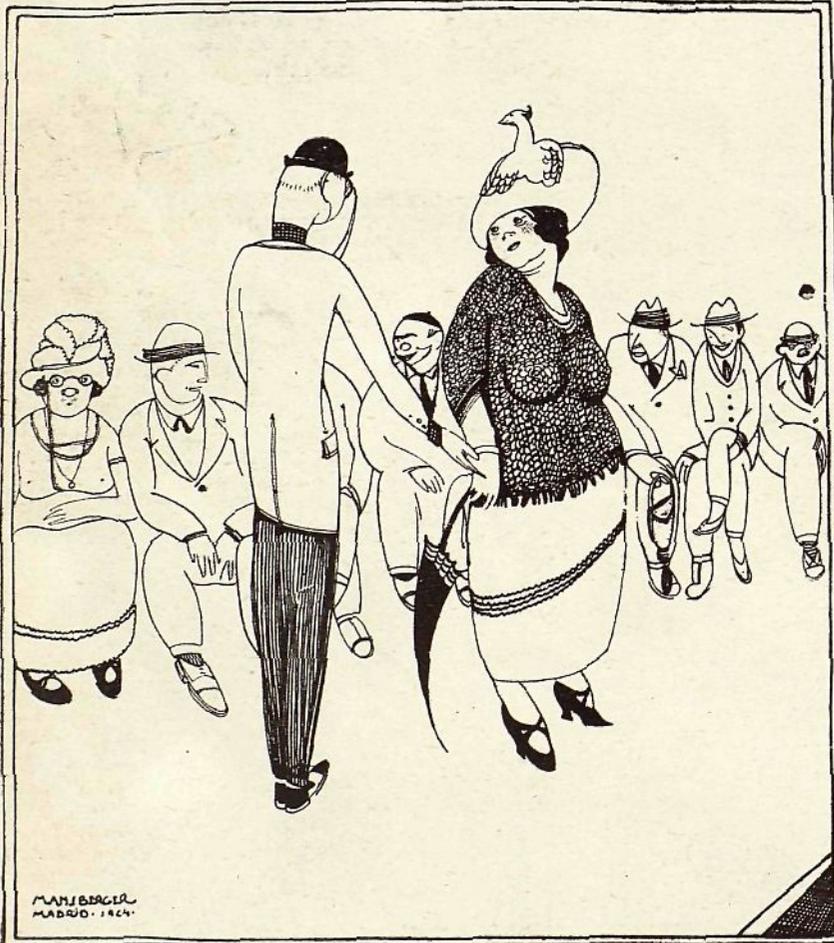
Si algún observador curioso se hubiese situado a las siete y cuarto todas las mañanas, en la esquina de la calle donde vivían Benito y Albertina (aunque parezca mentira, no había ningún observador curioso), hubiera visto cómo Benito desmigaba su pan en favor de los gorriones y cómo Albertina todas las mañanas dejaba caer a la calle unas medias que quería tender, ya que ella misma (acordaros bien, que a pesar de tener lavandera, etc.), las acababa de lavar.

(Alguien dijo después que las medias eran siempre las mismas, que se ensuciaban al caer.)

Aquel día que nos ocupa la anciana abuelita estaba de mala suerte. Primero se le habían perdido las gafas, después las llaves, después la labor y otras varias cosas que la angelical Albertina había tenido que buscar, con santa paciencia.

No es de desdenar este rasgo, y no olvidéis, jovencitas, de buscar siempre todo lo que se pierde a las abuelitas: la labor, las llaves, las gafas, etc.

En casa de Benito, este muchacho también daba alta prueba de su paciencia, escuchando como su madre relataba, por milésima vez, la gloria de un abuelo que fué general



Dib. MANSBERGER.—Madrid.

—A mí no me interesan los hombres: he dicho que no a más de uno.  
—¿Sí? ¿Y qué vendían?

Los jóvenes deben de escuchar con atención cuando sus madres relaten las glorias de un abuelo general; es conveniente que asientan de vez en cuando con la cabeza, y es preciso que parezcan siempre escuchar la historia por primera vez.

Los dos jóvenes, cada uno en su casa, meditaban, y hubo un momento en que lanzaron un suspiro. La madre y la abuelita, respectivamente, preguntaron: «¿que tienes?», y luego añadie-

ron: «¿quieres cerrar esa puerta; entra aire?».

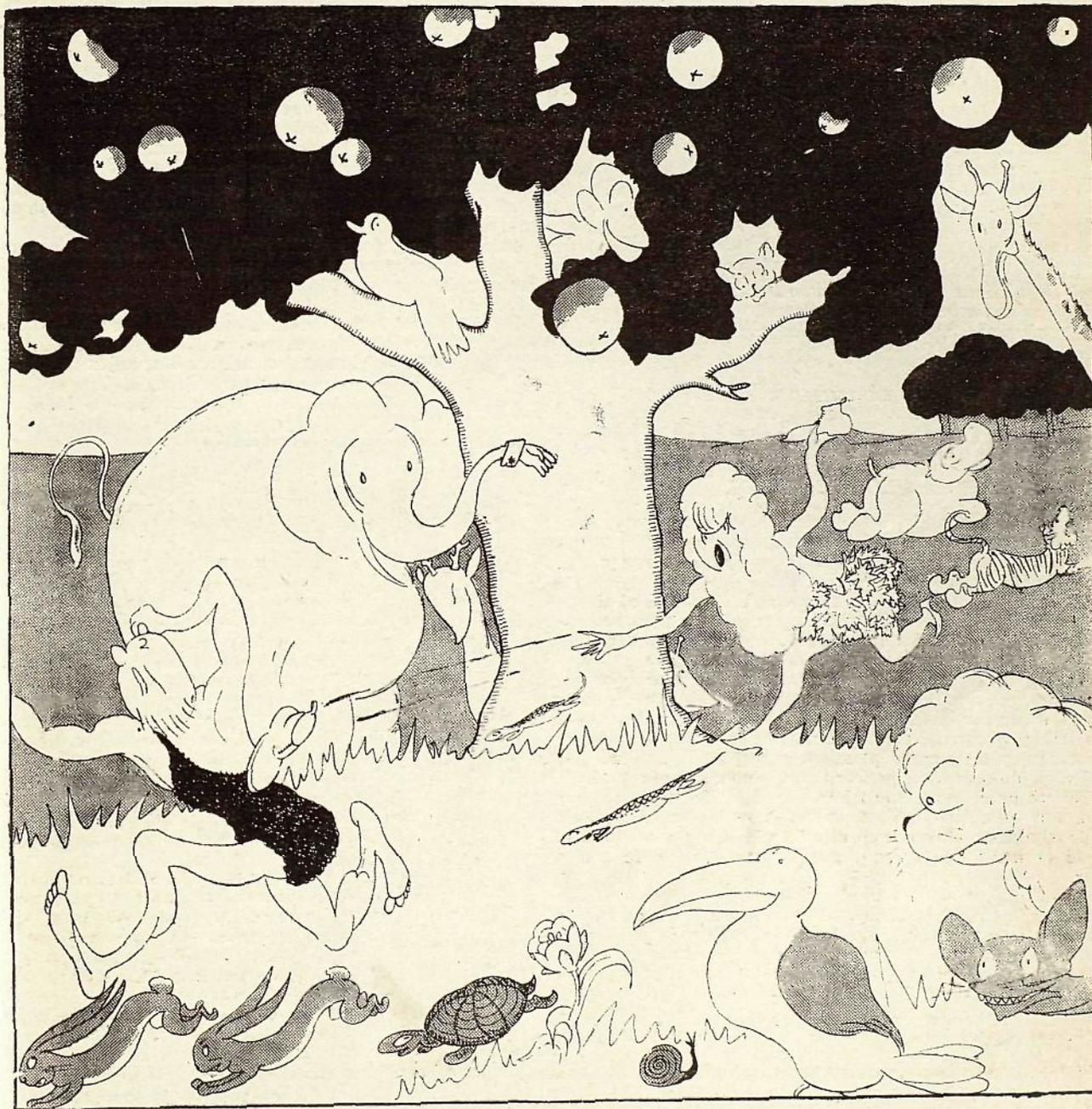
Una fuerza indefinible fué la que hizo a los dos jóvenes bajar a la puerta de sus casas. Allí, frente a frente, se miraron. Aún no habían cruzado una palabra esos dos seres que tanto se amaban.

¡Hermoso ejemplo de timidez!  
En este momento sucedió algo extraordinario; los dos jóvenes se cogieron del brazo y desaparecieron por el fondo de la calle.

Por la noche no habían regresado a sus casas, y sólo se supo de ellos algún tiempo después, cuando se averiguó que estaban instalados en un hotel de Niza y que eran el escándalo de toda la Costa Azul.

EDGAR NEVILLE

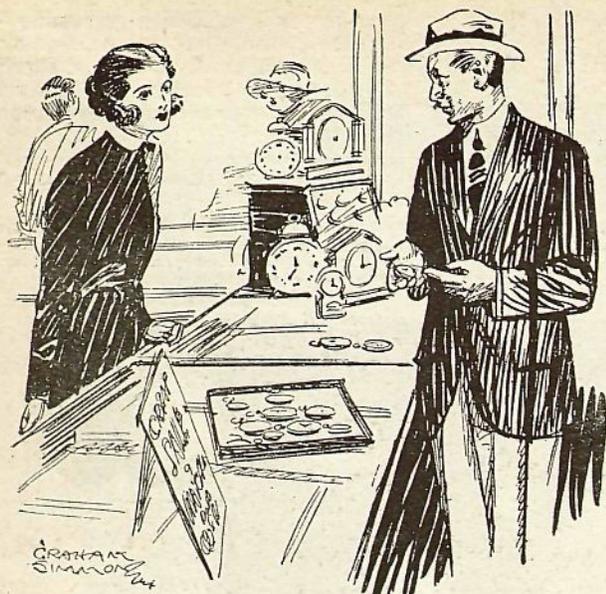
*Nota.*—Este final no me parece que encaje muy bien con lo anterior, pero ya estaba nervioso y no sabía qué hacer con ese par de idiotas que se llamaban Albertina y Benito.



Dib. SAMA. —Madrid.

EN EL PARAISO

ADÁN (al sentir un golpe en la octava costilla izquierda).—¡Ten cuidado, Eva, que estás lastimando a tu cuñada!



(De *The Humourists*, Londres.)

—¿Pero cómo puede usted vender los relojes a precio de coste, sin beneficio para usted?

—¡El beneficio lo tenemos en las composturas!

DEL BUEN HUMOR AJENO

## Receta de invierno

por GEORGE AURIOL

Resulta muy cómodo matar el tiempo entre bromas y charlas; pero también es agradable pensar alguna vez en cosas más serias. Por esta razón quiero hoy darles a conocer el medio de encender la lumbre con un pato.

Prevengo a ustedes que esta receta no se halla al alcance de todas las fortunas. Es preciso, en primer término, estar descalzo, hambriento, desnutrido, muy débil para el trabajo y ser hijo único de una pobre viuda que haya sobrevivido milagrosamente a los malos tratos de un esposo curda. Hace falta, además, habitar en una choza aislada, a algunos metros de un camino vecinal, a ser posible, y, en todo caso, transitable en carruaje; y la comarca donde se viva deberá encontrarse en terreno pantanoso: por ejemplo, en Picardía. En fin, es indispensable poseer un pato único en el corral.

Tal era precisamente la triste situación del joven Hilario Deloyson—a quien debo esta maravillosa receta—cuando en las proximidades de noviembre presentía, con un olfato digno de la nariz de Cyrano, que pronto dejaría de hacer calor.

«Mecachis en el demonio!»—pensaba—, ¿cómo nos las compondremos este invierno? Cuando se acerca Navidad, la chimenea tiene apetito y no podremos echarle más que tres o cuatro sarmientas... ¡Si tuviera algunas espuelas de turba, de las que los mozalbetes de Estréboeuf llevan todas las mañanas en sus carros! Dicen que la turba es el carbón de los pobres; pero hay pobres de pobres. ¡Y nosotros somos de éstos, ya que no podemos comprarla!... ¡Demonio, demonio...!»

Mientras monologaba de tal suerte, el pato hizo:

—¡Coá!

Y en aquel instante, el ingenioso Deloyson cazó su idea al vuelo, como quien atrapa una mosca.

Su chamizo se levantaba en mitad de un prado, cercado de un seto e invadido de hierbas silvestres. Deloyson cogió

una pértiga, atando encima una tabla a guisa de plataforma, y clavó el palo en el fondo del prado. Terminada su obra—¡buenas noches!—, marchó a acostarse.

Por la mañana trincó al pato, lo encerró en una vieja jaula de perdiz e izó la jaula sobre la tabla. Luego, cuando pasaba el primer carro, gritó con fuerza:

—¡Eh, Perico! ¡Cómo se madruga! ¡Mira a mi pato, qué bien se contonea allá arriba en su jaula! Te doy seis camuesas si logras derribarlo con un pedazo de turba. Ten cuidado, Perico. ¡Es un pato muy tuno, que no se dejará abatir tan fácilmente!

El otro no se hizo rogar dos veces. El tiempo de dejar su látigo... y los pedazos de turba volteaban por el prado como bandada de alondras. ¡Ban, ban, ban! Deloyson no era el menos encarnizado; pero, aunque buen tirador, hacía como que erraba el golpe.

Al cabo de un cuarto de hora de lucha, el carretero logró derribar la jaula.

—¡Ganaste!—dijo Deloyson—. Toma tus seis manzanas y vete. ¡Mañana me desquitaré!

Sucesivamente fué invitando a los demás mozos a este juego; y al filo de mediodía contaba con ciento cincuenta pedazos de turba, que se apresuró a recoger. Tuvo doscientos al día siguiente y tres carretadas llenas al acabar la semana.

He aquí cómo la pobre viuda, valiéndose de un pato lleno de piojos, pudo encender la chimenea todo el invierno y cocer manzanas para su retoño, cuyo estómago debilitado odiaba toda crudeza.

El procedimiento es sencillo. Lo hago público con la mejor intención, y doy gracias anticipadas a la Providencia si al obrar de esta manera puedo ser útil a mis semejantes.

M. V.



(De *The Passing Show*, Londres.)

LA MADRE.—¿Qué haces a la muñeca, Tedy?

TEDY.—Acostumbrándola para cuando la bese el tío Dick.

**CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR**

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

APARTADO 12.142

MADRID

Moria. Oviedo.—Lo que nos envía es un poco idiota, algo ilota, sus porciones hotentote y un rato largo de café. ¡Ahora que intentamos civilizar a Africa, representa un atraso considerable la literatura que usted derrama en sus cuartillas!

C. R. D. Madrid.—No pretendo, ¡¡ay de mí!, discutir el mérito de su

por vida. Realmente estaban bastante mal y tenían que acabar así.

Madrinas de guerra.—En vista del furibundo éxito que han alcanzado los anteriores peticionarios, de los cuales ni uno solo se ha quedado sin madrina, solicitan hoy una (dem cada uno los siguientes formidables defensores de la Patria: Emilio Visguet Andrés (legiona-

José Tirado Muñoz (sargentos del batallón expedicionario San Fernando, Xauen, Tetuán); Estanislao Serrano, Francisco Duce, Ildefonso

VINOS DE LA  
**COLONIA DE SAN JOSE**  
Fuencarral, 94 duplicado  
Teléfono J. 718

Julián, Miguel Revillo y Antonio Valero (todos de la tercera compañía del batallón expedicionario de Va-

dos sargentos del batallón de Isabel la Católica, tercera compañía, Marruecos); Pedro Mariano (regimiento plaza de Melilla, parque móvil, segunda unidad, Dar Quebdani); Luis Llovera y Nicanor Muñoz (batallón Racio de Campaña, quinta

**Hijo de P. Cabello**

Objetos de escritorio, papelería y bisutería. 5 por 100 de descuento presentando este anuncio.

Plaza del Angel, 1

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

rio de la décima compañía, cuarta bandera, Hospital O'Donnell, Ceuta); Antonio Cura Pajares (sargento de la primera compañía de la Co-

lladolid, destacado en Hamara, Tetuán); David de Avila, Nicolás García y Victoriano de la Torre (los tres soldados de Aviación, Grupo Expe-

unidad, Alcazaba, Tetuán); Eustaquio Ramón, Manuel L. Peña y Eduardo Domínguez (Centro Electrotécnico y de Comunicaciones, Tetuán); Reinado Romero de Legido, Galiano Arroyo Miguel y José Lorenzo Reina (regimiento artillería Melilla, segunda batería, Tafersit); Joaquín García Gil (sargento de

**AMADOR**

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

aviación. Aeródromo, Larache); José Pérez Cortés (sargento del grupo expedicionario Havilland, piloto y radio aviador, Aeródromo, Larache), y, finalmente, los señores Alhos, Portios y Aramis (seudónimos mosqueteriles de tres oficiales de la sexta compañía del grupo de Intendencia, Tafersit, Melilla), a los cuales hemos de decir que no nos



**Agua RADIUM**  
TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación se logran matices permanentes  
CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

drama histórico. Anhele únicamente convencer a usted de que esa clase de trabajo ya la hace en Buen Humor un colaborador, algo cardíaco, pero buena persona, al que no queremos someter a la tortura de una funesta competencia que podría causarle una muerte dolorosísima.

C. A.—La familia numerosa, El almuerzo inesperado y Los chistes sangrientos han pasado a me-

mandancia de Ingenieros, Melilla); Zaba (seudónimo de un alférez del regimiento Melilla, tercera compa-

**SASTRERÍA LORITE**

Corredera Alta, 19

Gabanes y trajes desde 75 pesetas. 10 por 100 de descuento presentando este anuncio.

dicionario Havilland, Larache), Rogelio Tortajada (oficina intervención Militar, Castillejos, Ceuta); Florentino González y Fernando Sáinz Ortego (cabos del batallón de Garelano, primera compañía, Melilla); Guillermo de Abad, Amador Alon-

Lea usted "Vida Madrileña" Anuncie en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

**FAJAS DE GOMA**

Sostenes IDEAL

**PRESA** Fuencarral, 72. Teléfono 48-00.

da la gana de pasarles factura por este leve anuncio, pues tenemos un gusto, no ya sumo, sino sumo pontificio, en insertarlo completamente gratis, debido a lo ricos que somos y al formidable desprecio que sentimos por el dinero. He dicho... ¿He dicho algo?

**LIBROS DE RISA**

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

- |  |             |
|--|-------------|
|  | <i>Pts.</i> |
| Chistes míos y de ustedes.....                           | 2,00        |
| Teatro fácil (16 comedias).....                          | 2,00        |
| Cincuenta monólogos.....                                 | 2,00        |
| Novelas y Monólogos escogidos.....                       | 3,00        |
| Chistes y cuplés (70 cosas).....                         | 2,00        |
| La sala del crimen (novela).....                         | 2,00        |
| Animales caseros.....                                    | 1,00        |
| La Vanagloria (novela).....                              | 3,00        |
| 300 chistes nuevos.....                                  | 1,00        |
| Diálogos y entremeses.....                               | 1,50        |
| Conferencias, monólogos, parodias y humorismo.....       | 2,00        |
| Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres..... | 1,00        |

Pedidos: LUIS SANTOS Carretas, 9.—Madrid Envíos contra reembolso

ñía, tercer batallón, Dar Quebdani); Enrique Nogués (practicante de las Intervenciones Militares de la Zona, Tetuán); Martín Acosta (regimiento de Ceuta, Ceuta); Agustín Miró y

El perfume de su aliento a cien leguas se percibe; no me extraña, porque usa Licor del Polo de Orive.

so y Antonio Godoy (batallón radiotelegrafía campaña, quinta unidad, Tetuán); Juan Masferrer e Ignacio Allagas (regimiento artillería plaza, segunda batería, destacada en Loma Roja, Melilla); Antonio Castillo Pérez y Luis Delgado del Rio (formidables, espléndidos y bien acomoda-

**"Valdezarza" El mejor purgante**

Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.



Blancura de cutis se obtiene con el empleo

de

**Crema BELLA AURORA**

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA

ANTONIO DALMAU

BALMES, 51. — BARCELONA

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

—¿En qué se parecen la harina lacteada, un mantón de Manila, el tabaco, un timón y el sublimado?

—En que la harina lacteada es para las *papas*, el mantón de Manila para las *Pepas*, el tabaco para las *pipas*, el timón para las *popas* y el sublimado para las *pupas*.

Matilde Hompart.—Madrid.

A un anciano de sesenta y cinco años le sentencian a veinte años de cadena. Concluida la lectura de la sentencia, exclama con regocijo:

—¡No sé cómo expresar mi gratitud al Tribunal! ¡Yo no esperaba vivir ni la mitad de ese tiempo!

José M. Conde.

*Por una tos maldecida,  
está Pascual que no vive.  
Sólo se puede curar  
tomando Jarabe Orive.*

Contrataron a cierto torerillo para la feria de un pueblo y hubo de hacerlo tan mal que, a la salida de la plaza, recibió un monumental palizón de los espectadores. A los dos o tres días, y ya curado de los chichones, exclamaba lamentándose:

—¡Con razón me dijo la Empresa que cobraría al acabarse la corrida!

R. Caballero.—Madrid.

En una tienda de un pueblo.

Un chico.—De parte de mi madre que si me presta usted un retal de paño claro.

EL DUEÑO.—Dile a tu madre que no me da la gana, ¡que si lo quiere más claro!

M. Matos.—Ceuta.

## ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7  
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Una compañía de cómicos va a un pueblo y debuta con *El Abuelo*. Al terminar el primer acto, el alcalde impone una multa al empresario.

—¿Por qué este castigo?—arguye, extrañadísimo, el pobre señor.

—¡Porque es una crueldad que hagan ustedes trabajar a un hombre tan viejo!

C. Porrillo.—Madrid.

En la Exposición de automóviles.—Deseo un auto que corra mucho.

—Este hace ciento diez por hora.

—¿No tendría usted otro que alcanzara más velocidad? ¡Voy a separarme de mi mujer!

Carlos Atienza



El colmo de un panadero. Que le insulten y que no dé una tortita como no se la paguen.

M. B. F.—Benasque.

## Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

En cierta Exposición, un pintor presentó un cuadro, cuyo asunto era una figura de mujer, extraordinariamente ligera de ropa, representando el verano, y lo encabezó con el siguiente título: ESTO.

Un baturro que lo contemplaba, dijo dirigiéndose a un compañero: —¡No, pues, aunque me lo juren, yo digo que es tía.

Santiago Santacréu.—Madrid.



Un curda llega a la Plaza de Toros y se acuesta a dormir la pitima. El acomodador le dice:

—¡Ojalá ¡Haga el favor de ocupar su localidad y póngase como es debido!

A lo que el borracho responde: —¡Tenga la bondad de no molestarme y fíjese que he sacao un tendido y no un sentaol...

Pedro Vizcaíno.—Melilla.

En una tertulia. —¡El pobre López ha muerto esta tarde!

—¡Ha hecho muy bien! ¡Está la vida muy caral!

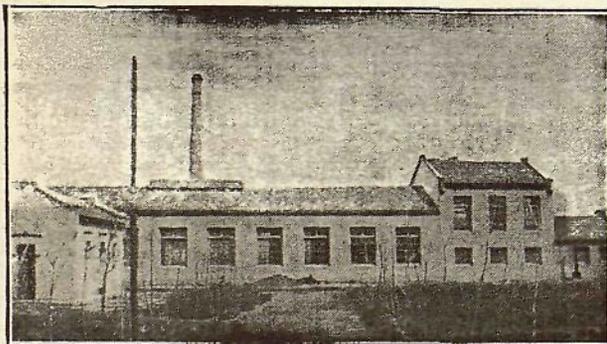
Carlos Nival.—Granada.

—¿En qué invierte el tiempo un toro en la plaza?

—Em-bestir y en desnudar.

Feno.—Madrid.

## LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



## BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

## ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

Tel. 50-05 M.

## CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

## OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.  
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

Estudiantes madrileños.

—¿Qué carrera vas a seguir?

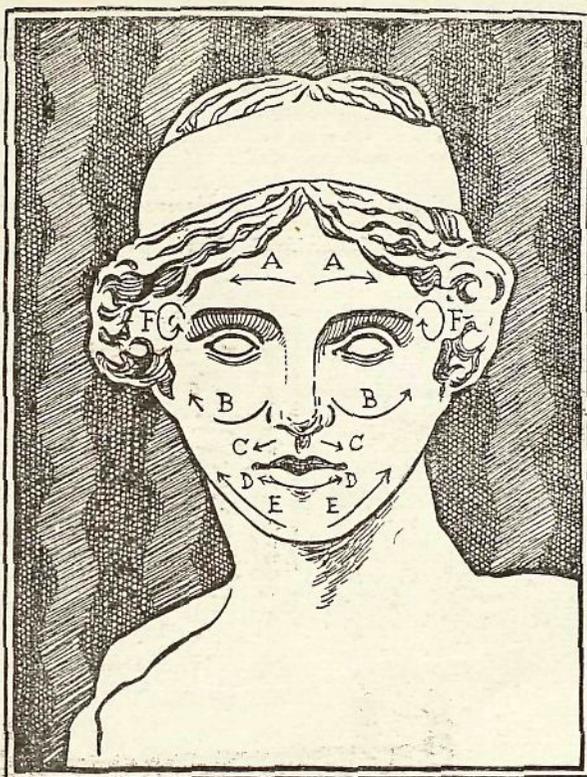
—Yo voy a estudiar para arquitecto: es la carrera que da más dinero. ¿Y tú, cuál?

—Yo opto por la de San Jerónimo, que es la que se acaba antes.

Barluco.—La Coruña.

## ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# BUEN HUMOR



Dib. MEL.—Madrid.

— ¡Ah, sí, la ventaja desde luego es enorme!... Porque ya ve usted: de dormirse en la butaca del teatro a dormirse aquí en la misma cama... va diferencia.